

CUENTOS DE LOS TRES HEMISFERIOS

EL ÚLTIMO SUEÑO DE BWONA KHUBLA

Descendiendo por las neblinosas tierras bajas hacia el ecuador, allí donde estallan las orquídeas monstruosas, donde los escarabajos del tamaño de ratones se acomodan sobre los amarres de las tiendas de campaña y las luciérnagas resplandecen como pequeñas estrellas fugaces en medio de la noche, los viajeros atravesaron bosques de cactus durante tres días hasta alcanzar las llanuras abiertas que habitan los antílopes.

Mucho celebraron haber llegado a aquella charca —que un solo hombre blanco había visitado con anterioridad y los nativos conocían como el campamento de Bwona Khubla— y descubrir agua en ella. Ésta se hallaba a tres días de camino de la zona húmeda más cercana, y Bwona Khubla, cuando viajó hasta allí tres años atrás entre los temblores de la malaria y descubrió para su terrible decepción que estaba seca, había decidido quedarse a morir, determinación que es siempre fatal en aquel lugar del mundo. Estaba abocado a morir de todas formas, pero hasta entonces su asombrosa resolución, así como esa terrible firmeza de carácter que tanto había admirado a sus porteadores, le habían mantenido vivo prolongando su safari.

Sin duda tendría un nombre, algún nombre común de esos muchos que cuelgan a las puertas de docenas de tiendas londinenses, pero hacía mucho que nadie lo recordaba, y ninguno permitía ya identificar su recuerdo para distinguirlo del de cualquier otro muerto sino el nombre que le habían dado los kikuyus, «Bwona Khubla». Sin duda sería un

hombre temible; un hombre cuya fuerza sería temida aun cuando su brazo ya no fuera capaz de levantar el *kiboko*, aun cuando todos los suyos supieran que estaba muriéndose; un hombre al que incluso hasta hoy mismo se teme a pesar de estar muerto.

Aunque la malaria y el sol tropical habían agriado su temperamento, nada podía quebrantar su voluntad, que siguió conservando su fuerza impositiva hasta el último momento, según el testimonio de los *kikuyus*. Y cualquiera que fuese el país de donde hubiera llegado Bwona Khubla, había de ser sin duda un país de leyes férreas para haberlo obligado a salir de él.

En la mañana del mismo día en que iban a llegar al campamento de Bwona Khubla, todos los porteadores se dirigieron a las tiendas de los viajeros a pedir «*dow*». El «*dow*» es la medicina del hombre blanco, que cura todos los males y, cuanto peor sabe, mejor es. Querían «*dow*» aquella mañana para espantar a los diablos, pues se hallaban cerca del lugar donde había muerto Bwona Khubla. Y los viajeros accedieron a darles quinina.

Con la puesta de sol llegaron al campamento de Bwona Khubla y encontraron agua. De no haberla hallado, muchos de ellos habrían muerto irremediablemente. Sin embargo, ninguno mostraba gratitud alguna hacia el lugar, que parecía demasiado siniestro, demasiado impregnado de fatalidad, demasiado hostigado por un algo a la vez inevitable e invisible.

Tan pronto como estuvieron levantadas las tiendas, todos los nativos fueron de nuevo a pedir «*dow*» para protegerse de los últimos sueños de Bwona Khubla, que, según ellos, se habían quedado allí cuando el último safari recuperó su cuerpo para llevarlo hasta la frontera de la civilización y demostrar así a los blancos que ellos no le habían dado muerte, pues los blancos no podían saber que ellos jamás habrían osado matar a Bwona Khubla.

Los viajeros volvieron a darles quinina, esta vez en cantidad que resultaba perniciosa para sus nervios. Sin embargo, aquella noche

alrededor de las hogueras no hubo ninguna grata conversación. Todos hablaban al mismo tiempo de la carne que habían comido y del ganado que cada uno poseía, pero un silencio sombrío pendía sobre cada fuego y sobre cada refugio de lona. Dijeron a los blancos que la ciudad de Bwona Khubla, la que había sido su último pensamiento (donde los nativos pensaban que había sido rey), y sobre la que había estado delirando hasta que la soledad puso fin a sus delirios, se había asentado alrededor de todos ellos. Aquella extraña ciudad los aterrorizaba, y por ello necesitaban más «*dow*». Los dos viajeros, una vez más, les dieron quinina, pues pudieron ver auténtico temor en sus rostros y sabían que, de lo contrario, podían huir y abandonarlos en aquel lugar que también a ellos, sin saber por qué, había empezado a inspirarles casi el mismo terror. A medida que iba avanzando la noche, aquella especie de mal presentimiento fue haciéndose cada vez más intenso, y ello a pesar de compartir casi tres botellas de champagne que tenían intención de haber reservado para cuando hubieran matado un león.

Ésta es la historia que cada uno de estos dos hombres contó y que corroboran sus portadores, si bien es cierto que un *kikuyu* nunca dirá sino lo que se espera oír de él.

Los dos viajeros se habían acostado e intentaban en vano dormir a causa de aquel mal presentimiento. El más espantoso de todos los gritos salvajes, el de la hiena, que semeja el lamento de un alma maldita, extrañamente había dejado de oírse. La noche avanzaba hacia la hora en que Bwona Khubla había muerto tres o cuatro años antes, soñando con «su ciudad» entre delirios febriles. De pronto, empezó a oírse un ruido, suave como el sonido del viento primero, como un rugido de bestias después, y finalmente, como el inconfundible sonido de unos motores, de motores y más motores de autobuses. Entonces los viajeros dicen que pudieron ver, con una claridad que no dejaba lugar a dudas, en aquel desolado lugar donde el ecuador escapa del bosque y trepa por las montañas dentadas, que ante ellos aparecía la ciudad de Londres.

Puede que aquella noche no hubiera luna, pero dicen que el cielo

estaba plagado de estrellas. La niebla había ido escalando durante la tarde las cumbres rojas, aún inexploradas, que se arracimaban en torno al campamento, pero añaden que más tarde pudo haberse disipado... Sea como fuere, ambos juran que pudieron ver Londres, que la vieron y oyeron su rugido. Y ambos afirman que la vieron, no tal como la conocían, degradada por centenares de miles de carteles publicitarios, sino transfigurada en una ciudad de casas magníficas, chimeneas coronadas por majestuosos pináculos, plazas extensas repletas de árboles hermosos... Pero, aunque transfigurada, seguía siendo Londres. Las ventanas, cálidas y alegres, resplandecían en la noche; extensas hileras de lámparas ofrecían su bienvenida acogedora; las tabernas eran lugares amables y elegantes; y, a pesar de todo, aquella ciudad, sin ninguna duda, seguía siendo Londres. Dicen que podían respirar los olores de Londres, que podían oír las canciones de Londres, aunque no fuera el Londres que ellos conocían. Era como ver el rostro de una mujer con los ojos de su amante, pues de todas las ciudades de la tierra y de (odas las ciudades de las fábulas, de todos los lugares del mundo, santos o no santos, aquella ciudad que tenían ante sí era con mucho la más deseable.

Dicen que muy cerca de donde se encontraban se oía un órgano callejero y un cantante interpretaba una melodía con acento *cockney*, aunque, sin embargo, había algo en su canción que no podía ser de ninguna canción de este mundo. Ambos coincidían en que habrían podido llorar, pero los embargaba un sentimiento demasiado profundo como para mover al llanto. Creían que la nostalgia de aquel hombre dominante, capaz de dirigir un safari con sólo una mirada y aterrorizar a los nativos sin levantar una mano, había sido tan poderosa al final de su vida como para imprimir aquella huella profunda en la naturaleza y engendrar un espejismo que tal vez no se desvanecería durante años.

Mediante mis preguntas traté de descubrir la verdad o el engaño de esta historia, pero África había mermado en tal medida los nervios de aquellos dos hombres que difícilmente podían prestarse a un interrogatorio. Ni siquiera eran capaces de precisar si las hogueras del

campamento seguían encendidas. Decían haber visto las luces de Londres a su alrededor desde las once hasta la media noche, haber oído las voces de Londres y el ruido del tráfico con absoluta claridad y, por encima de todo, quizás envuelta en una ligera bruma, pero inequívocamente, afirmaban que habían visto surgir la gran metrópolis de Londres.

Hacia la medianoche, la ciudad empezó a temblar y su imagen fue volviéndose paulatinamente más vaga. El sonido del tráfico comenzó a decrecer, las voces fueron haciéndose cada vez más lejanas, y todo volvió a una perfecta quietud cuando el espejismo se hubo desvanecido por completo y un rinoceronte irrumpió bufando en aquel silencio para beber en el Carlton Club.

EL CARTERO DE OTFORD

Los deberes de cartero en Otford llevaban a Amuel Sleggins más allá de la población, mucho más allá de la última casa del camino, hasta llegar al gran cerro desnudo donde estaba la cabaña a la que nadie osaba acercarse; nadie excepto aquellos tres hombres de aspecto sombrío que la habitaban, la hermética esposa de uno de ellos y, una vez al año, cuando llegaba aquella extraña carta en un sobre de color verde, el cartero Amuel Sleggins.

La carta verde llegaba siempre justo cuando empezaba la muda de las hojas e iba dirigida al mayor de los tres hombres sombríos con un hermoso timbre chino y el matasellos de Otford. Amuel Sleggins era el encargado de llevarla hasta la casa. No le asustaba ir, pues había estado haciendo lo mismo durante siete años, a pesar de que cuando el verano tocaba a su fin Amuel Sleggins solía enfermar con facilidad, y cuando ya podía percibirse algún indicio del otoño sufría unos temblores que hacían que todo el mundo empezara a murmurar extrañado.

Cierto día empezaba a soplar el viento del Este, aparecían los gansos salvajes después de haber abandonado el mar en vuelo alto entre sus raros graznidos, y pasaban hasta no dejar más que una delgada línea negra en el cielo como una varita mágica arrojada por un mago que trazara en el aire giros y piruetas; los árboles mudaban las hojas; la bruma cubría de blanco los pantanos; el sol se ponía gigantesco y rojo. Esa misma noche el otoño avanzaba silenciosamente por el monte, y al

día siguiente la extraña carta verde llegaba desde China.

Sin embargo, su temor a aquellos tres hombres sombríos, a la mujer hermética y a la solitaria casa apartada o al frío cadavérico de la estación moribunda, más bien reforzaba a Amuel cuando llegaba la hora de afrontar el día que había estado temiendo tal vez durante semanas. Ese día en que le aguardaba la llegada de la carta para la última casa del camino, se detenía a charlar un rato, se entretenía en observar los rostros de los que pasaban de camino a la iglesia y luego emprendía su larga caminata a través del monte solitario para terminar ante la temida puerta de aquella casa siniestra que en el pueblo se conocía como «la casa del monte».

Al llegar a la puerta de la casa del monte llamaba a su manera de cartero, como si se tratara de cualquier otra casa ordinaria, a pesar de que no había ningún sendero que llevara hasta ella, y aunque unos pellejos de comadreja colgados ocultaban las ventanas superiores.

Tan pronto como su llamada de cartero sonaba en la oscuridad de la casa el mayor de los tres hombres siniestros siempre iba abrir. Y cómo era su rostro. Había en él más astucia de la que su barba era capaz de esconder. El hombre tendía una mano cartilaginosa; Amuel Sleggings ponía en ella aquella carta procedente de China con la satisfacción de haber cumplido con su deber y volvía sobre sus pasos. Los campos se iluminaban ante él, pero entonces un murmullo débil, siniestro y nervioso empezaba a oírse en la casa del monte.

Durante siete años todo había sido así y nada malo había sucedido a Sleggings. Siete veces había ido hasta la casa del monte y otras tantas había regresado sano y salvo. Hasta que, tal vez porque ella era joven, tal vez porque era hermosa o porque pudo ver sus delicadísimos tobillos el día que apareció caminando descalza por entre las flores de los pantanos en primavera, un día sintió la necesidad de casarse. Cosas mucho más insignificantes han llevado a los hombres a la perdición y han sido los hilos con los que el Hado los atrapó en su carrera. Con el matrimonio entró en su casa la curiosidad, y una tarde de verano, mientras paseaban

por el campo, ella le preguntó por la casa del monte que él sólo visitaba y qué clase de gentes eran aquéllas que nadie más había visto. Cuando hubo respondido a sus preguntas, ella se interesó por aquella carta de color verde procedente de China que llegaba todos los otoños, y quiso saber lo que ésta contenía. Él le leyó entonces todas las reglas de la Oficina de Impuestos Directos, le explicó que no podía ni debía saberlo e incluso, apelando a la autoridad del párroco, la reprendió por su curiosidad para que, finalmente, ella le exigiera conocer el contenido de la carta.

Durante muchos días discutieron sobre la cuestión. Eran los días cada vez más cortos del final del verano, y mientras discutían el otoño iba aproximándose lentamente trayendo consigo la carta verde de China. Al fin, él le prometió que cuando la carta verde llegara la llevaría como de costumbre hasta la casa solitaria y, entonces, buscaría algún escondite cercano y escalaría hasta la ventana al anochecer para espiar la conversación de aquellas gentes siniestras; tal vez alguno leyera en voz alta la carta de China.

Pero antes de haber tenido tiempo de arrepentirse de su promesa, cierta noche comenzó a soplar un viento frío y los bosques se volvieron dorados, los chorlitos empezaron a sobrevolar los pantanos en bandadas, el año llegaba a su fin, y entonces llegó la carta de China. Nunca antes Amuel había sentido tal desazón mientras desempeñaba su oficio de cartero, nunca antes había temido tanto el día que habría de conducirlo hasta el monte y a la casa solitaria mientras, sentada cómodamente junto al fuego, su esposa aguardaba complacida la satisfacción de su curiosidad con la esperanza de obtener aquella misma noche una información que todos los chismosos del lugar envidiarían. A Amuel sólo le quedaba un consuelo al partir con un escalofrío: aquel día había llegado una carta para la última casa del camino vecinal. Mucho se demoró allí para contemplar los rostros alegres de sus habitantes, para oír sus risas —no se oirían risas en la cabaña del monte—, y cuando ya hubo agotado el último tema de conversación y se quedó sin excusa para

seguir entreteniéndose, exhaló un hondo suspiro y prosiguió su camino con paso lento y apesadumbrado, lo que hizo que llegara más tarde que en las otras ocasiones a la cabaña del monte.

Llamó a la puerta de roble cerrada con su golpe de cartero y oyó cómo el eco de su llamada reverberaba en el interior de la casa silenciosa. Vio al mayor de los hombres siniestros, distinguió su mano cartilaginosa, le entregó la carta procedente de China, y se volvió. Había un bosquecillo de árboles aislado en medio del monte, solitario y melancólico durante el día, que al caer la noche se llenaba de malos presagios, tan apartado de todos los otros árboles como lo estaba la cabaña del monte del resto de las casas. Cerca se hallaba la cabaña.

Esta vez Amuel no apresuró el paso al soplo alegre del viento joven del otoño ni rompió a cantar al tener de nuevo el pueblo ante sí, sino que tan pronto como se ocultó a la vista de la casa se volvió y, agachándose tras un doblez del terreno, fue hasta el desolado bosquecillo. Allí permaneció vigilando la maléfica casa desde una distancia que le permitía oír las voces. El sol ya estaba bajo. Eligió la ventana desde la que se proponía espiar a hurtadillas, una un poco atrancada a la espalda de la casa, cerca del suelo. Entonces aparecieron las palomas. No había ningún otro bosque en una larga distancia, por lo que eran numerosas las que anidaban allí a pesar de la pequeñez y el aspecto maléfico de la arboleda (si es que ellas podían percibirlo). La primera sobresaltó a Amuel. Le pareció un espíritu huido de alguna lóbrega sala de tortura de la casa que estaba vigilando. Al principio sus nervios se crisparon y empezó a sentir temores absurdos. Sin embargo, poco a poco fue acostumbrándose a ellas. Pero cuando el sol se hubo ocultado por completo y cambió el aspecto de todo cuanto había a su alrededor, volvió a empezar a sentir extraños temores. Tras él había una especie de hueco en el monte que iba volviéndose cada vez más oscuro, y ante sí podía ver la casa entre los troncos de los árboles. Aguardaba a que se encendieran las lámparas para que no lo pudieran distinguir, y entonces se acercaría furtivamente y se agacharía junto al ventanuco trasero. Sin

embargo, a pesar de que todos los pájaros ya se habían refugiado en sus nidos, a pesar de que la noche se había vuelto tan fría como una tumba y había salido una estrella, no se veía brillar una sola luz amarilla en ninguna de las ventanas.

Amuel seguía aguardando entre escalofríos. No se atrevía a moverse hasta que se hubiesen encendido las lámparas, pues ellos podrían estar vigilándolo. Empezó a sentir los efectos del frío y la humedad de un modo tan extraño que la noche otoñal, los últimos arreboles del ocaso, las estrellas, el monte y la bóveda entera del cielo se le antojaron una especie de antesala del miedo que hubiera sido dispuesta para él. Empezaba a dominarlo el terror de los prodigios sobrenaturales, y seguía sin aparecer ninguna luz en la siniestra cabaña.

Llegó un momento en que todo estaba tan oscuro que decidió moverse y avanzar hasta la ventana a pesar de la quietud reinante y la oscuridad de la casa. Al levantarse, paralizado aún por los calambres que atenazaban sus miembros, oyó que la puerta se abría al otro lado. Tan sólo había tenido tiempo de ocultarse tras el tronco de un árbol, cuando los tres hombres siniestros se aproximaron seguidos de la mujer, que avanzaba cojeando tras ellos. Fueron directamente hasta el escalofriante bosquecillo como si se recrearan en su negrura, pasaron a un par de yardas del cartero y se sentaron en cuclillas formando un círculo alrededor de un agujero que había tras los árboles. Allí, encendieron una hoguera sobre la que colocaron un cabrito, y a su luz Amuel pudo ver que de una bolsa de piel sin curtir sacaban la carta llegada de China. El mayor de los hombres la abrió con su mano cartilaginosa y, entonando unas palabras incomprensibles para Amuel, de la misma bolsa extrajo también una especie de polvo de color verde que esparció sobre el fuego. Inmediatamente se alzó una enorme llamarada y empezó a notarse un olor maravilloso. Las llamas siguieron creciendo y destellando hasta devolver su color verde a los árboles. Y entonces Amuel vio llegar a los dioses, que iban a aspirar aquel aroma.

Mientras los tres hombres siniestros, así como la horrible mujer que

era la esposa de alguno, se postraban junto al fuego, Amiel vio cómo los dioses llegaban al cerro, contempló cómo los dioses de la vieja Inglaterra se recreaban hambrientos en aquel olor, miró cara a cara y de cerca a la luz del crepúsculo a Odín, Balder y Thor, los dioses de los antiguos, y así fue cómo el puesto de cartero quedó vacante en Otford.

LA ORACIÓN DE BOOB AHEERA

En el puerto, entre el barco de travesía y las palmeras, a la hora en que los pasajeros de los grandes buques iban a cenar, con la salida de la luna, Alí Kareeb Ahash y Boob Aheera, cada uno en su canoa, pasaron a un tiro de navaja uno del otro.

Tal era la premura de Alí Kareeb que no se inclinó al paso de su enemigo, que no se detuvo a dirimir aquel largo asunto pendiente, pero el hecho de que Boob Aheera no hiciera el menor intento de alcanzarlo era verdaderamente asombroso para Alí. Estuvo reflexionando sobre lo sucedido hasta que las luces eléctricas del barco de travesía comenzaron a brillar a lo lejos tras él y la canoa estuvo ya cerca de su destino. En vano estuvo considerándolo una y otra vez, pues todo cuanto la sutileza oriental de su mente pudo revelar con claridad fue que no era propio de Boob Aheera haber pasado de ese modo junto a él.

Tampoco concebía Alí que Boob Aheera hubiera podido atreverse a llevar una causa como la suya ante el ídolo de Diamante, pero a medida que se iba acercando al santuario dorado, que se hallaba oculto entre las palmeras y ninguno de los pasajeros de los grandes barcos había encontrado jamás, comenzó a ver con mayor nitidez en su mente que ése era el lugar adonde Boob se dirigía aquella cálida noche. En cambio, cuando embarrancó la canoa, sus miedos desaparecieron, dando lugar a la resignación con la que siempre afrontaba el Destino. Sobre la blanca arena marina, podían verse las huellas irregulares y aún frescas de otra

canoa. Boob Aheera había estado allí antes que él, pero Alí no se culpaba por haber llegado tarde. Todo había sido planeado de ese modo por los dioses, que saben lo que hacen, incluso antes del principio de los tiempos. Tan sólo sintió que crecía su odio hacia Boob Aheera, el enemigo por el que había ido a rezar. Y mientras más intenso se volvía su odio más claramente podía verlo, hasta que llegó un momento en que nada más pudo ver en su interior sino la silueta magra y oscura, las flacas piernecillas, la barba gris y el pulcro taparrabos de Boob Aheera, su enemigo.

Que el Ídolo de Diamante hubiera atendido tales oraciones era algo que nunca se habría imaginado. Lo odiaba simplemente por su osadía al acercarse al mismo santuario, por llegar incluso antes que él, cuya causa era justa, por los numerosos desencuentros del pasado; pero, por encima de todo, lo odiaba por la expresión que mostraba en su rostro y por su actitud en el momento en que lo había adelantado en su canoa de doble pala bajo la luz de la luna.

Alí se abrió camino a través de la húmeda vegetación. Olía a orquídeas. Aunque son muchos los que van al santuario, no había camino hasta él. De lo contrario, el hombre blanco habría podido encontrarlo en alguna ocasión, y entonces auténticas peregrinaciones guardarían fila para contemplarlo cada vez que llegara un barco de travesía; aparecerían fotografías suyas en los diarios semanales al pie de artículos escritos por individuos que no han salido de Londres jamás, y de ese modo se desvanecería todo su misterio y desaparecería todo elemento fabuloso de esta historia.

Apenas había avanzando Alí cien yardas entre cactus y trepadoras bajo las palmeras, cuando llegó hasta el santuario dorado, que ninguna otra cosa protege salvo la densa espesura del bosque, y se halló ante el Ídolo de Diamante. El Ídolo de Diamante no medía más de cinco pulgadas de alto y descansaba sobre una base cuadrada de una pulgada larga. Su brillo era mayor que el de los que Mr. Moses compró para su esposa el año pasado, cuando le dio a elegir entre un condado o los

diamantes. Jael, su esposa, había respondido: «Compra los diamantes, señor Fortescue, y no te busques complicaciones».

Aún más perfecto que el de aquellos diamantes era su tallado, como si no se tratase de una obra europea. Sin embargo, a pesar de que los hombres de los alrededores son pobres y tenidos por intrépidos, no han vendido su ídolo jamás. No estaría de más añadir aquí que si alguno de mis lectores arribara en barco alguna vez a ese puerto sinuoso, donde lentamente se van desmoronando los fuertes de los portugueses en medio de la infinita verdura y donde el baobab se yergue como un muerto en pie aquí y allá entre las palmeras; si desembarcara allí donde nadie tiene ninguna cosa que hacer y donde nadie, por lo que sé, ha desembarcado jamás de ningún barco de travesía (ello a pesar de encontrarse a poco más de una milla del muelle); y si finalmente diera con un santuario dorado que se halla lo suficientemente cerca de la orilla y cobija un diamante de cinco pulgadas con la forma tallada de un dios, ha de dejarlo allí para volver sano y salvo a su barco y bajo concepto alguno tratar de vender el Ídolo de diamante a ningún precio.

Alí Kareeb Ahash entró en el santuario dorado, y al levantar la cabeza después de ejecutar las siete reverencias rituales al ídolo... ¡Maravilla! El ídolo resplandecía con ese brillo que sólo mostraba poco después de haber respondido a una plegaria. Ningún nativo de aquellas regiones podía malinterpretar el tono del ídolo; todos conocían sus cambiantes matices igual que un perro rastreador distingue la sangre de su presa. Un chorro de luz de luna atravesó la puerta abierta, y entonces Alí lo vio todo con claridad. Era Boob Aheera quien había estado allí esa noche.

La furia de Alí estalló inundando su corazón. Agarró su cuchillo hasta herirse la mano con la empuñadura, pero, a pesar de todo, no pronunció la oración por el hígado de Boob Aheera que tenía preparada, pues ya había comprobado que las oraciones de Boob Aheera eran atendidas por el ídolo, y sabía que la protección divina velaba por su enemigo.

Lo que desconocía, sin embargo, era el contenido de la plegaria de Boob Aheera. Volvió a la playa tan rápido como fue capaz de atravesar los cactus y las trepadoras que escalaban hasta lo más alto de las palmeras, y tan pronto como su canoa pudo llevarlo hasta el sinuoso puerto, cuando pudo ver las luces del barco de travesía que resplandecían a su lado y oyó la música de la orquesta, que creció primero y luego fue extinguiéndose hasta desaparecer, desembarcó y fue hasta la cabaña de Boob Aheera. Entonces se ofreció como esclavo a su enemigo, y hasta el mismo día de hoy sigue sirviendo a Boob Aheera, su amo, que goza de la protección del ídolo. Alí rema hasta los barcos de travesía para subir a bordo a vender rubíes hechos de cristal, ropas ligeras para el trópico, servilleteros de marfil, kimonos de Manchester y hermosas conchitas marinas. Los pasajeros le increpan por sus precios y, sin embargo, jamás, ni por todo el dinero que Alí Kareeb Ahash haya podido estafarles, podrán ir en busca de Boob Aheera, su amo.

ORIENTE Y OCCIDENTE

ERA una cerrada noche invernal. Un horrible viento traía aguanieve del Este y hacía ulular las altas hierbas secas. Dos minúsculos puntos de luz aparecieron en medio de la llanura desolada: era un hombre a bordo de un cabriolé que viajaba en solitario por el norte de China, sin más compañía que la de su conductor y el exhausto caballo.

El conductor vestía una buena capa impermeable y, por supuesto, sombrero de seda engrasado, pero el pasajero del carruaje, en cambio, tan sólo llevaba un traje de noche. No llevaba cerrada la ventanilla a causa de las frecuentes caídas del caballo, el aguanieve le había apagado el cigarro y hacía demasiado frío para dormir. Las dos lámparas destellaban mecidas por el viento. Gracias a la luz vacilante que parpadeaba en el interior del carruaje, un pastor manchú, que vio pasar el vehículo mientras vigilaba sus ovejas en la llanura por temor a los lobos, pudo tener ante su vista por vez primera un traje de noche. Aunque sólo lo vislumbró vagamente y empapado de agua, fue como si contemplara un pasado a mil años de distancia, pues siendo su civilización mucho más antigua que la nuestra, ellos probablemente habían dejado ya atrás toda esa clase de cosas.

Lo miró estoicamente, no maravillado ante algo nuevo, si es que en realidad era algo nuevo en China. Meditó sobre ello un momento de un modo que a nosotros nos es desconocido, y cuando hubo añadido a su filosofía lo muy poco que podía extraerse de la visión de aquel hermoso

carruaje, volvió a su vigilancia de las oportunidades que la noche brindaba a los lobos y a aquellos pensamientos sacados de las leyendas de China, que a tales fines habían sido preservadas, a los que de vez en cuando se entregaba como entretenimiento. Pues ni que decir tiene que en una noche como aquélla el entretenimiento era no poco necesario. Pensó entonces en la leyenda de la doncella-dragón que era aún más hermosa que las flores y carecía de igual entre las hijas de los hombres. A pesar de su hermosura humana, era sin embargo, la hija de un dragón descendiente de los dioses antiguos, y por ello también completamente divina al igual que los primeros miembros de su estirpe, aún más divinos que el propio emperador.

Cierto día, la hermosa doncella abandonó su pequeña tierra, un verde valle escondido entre montañas. Descendió por escarpados desfiladeros mientras las rocas, para complacerla, resonaban como campanillas de plata a su alrededor al paso de sus pies desnudos, y aquel sonido era como el de los dromedarios de un príncipe que regresa a su palacio a la caída de la tarde, cuando suenan sus campanillas de plata para regocijo de los aldeanos.

Había ido a coger la amapola encantada, que solía crecer y sigue creciendo hasta hoy —como los hombres podrían comprobar si fuesen capaces de dar con ella—, en un prado al pie de las montañas. Si alguien, alguna vez, consiguiera la amapola, con ella llevaría al hombre amarillo la felicidad, la victoria sin lucha, las buenas cosechas y la paz infinita. La doncella descendía de las montañas con toda su hermosura... Y mientras se entretenía recordando la leyenda en la hora más difícil de la noche, la misma que precede al alba, aparecieron dos nuevas luces y el pastor vio pasar otro cabriolé.

El hombre del segundo carruaje iba vestido del mismo modo que el primero, aunque aún más empapado que el anterior, pues no había cesado el aguanieve; pero un traje de noche sigue siendo un traje de noche en cualquier lugar del mundo. El conductor también llevaba el mismo sombrero engrasado y la misma capa impermeable que el

primero. Cuando el carruaje hubo pasado, la oscuridad engulló las dos lámparas, la nieve cubrió el rastro de las ruedas, y no quedaron más que las especulaciones del pastor acerca de cómo un cabriolé había podido ir a parar hasta aquel lugar de China. No obstante, pronto también éstas se desvanecieron, y el pastor volvió a sus leyendas antiguas y a la contemplación de cosas más serenas.

La tormenta, el frío y la oscuridad hicieron un último esfuerzo y lograron hacer que temblaran los huesos del pastor, que castañetearan los dientes de aquella cabeza que divagaba entre fábulas de flores. De repente, había amanecido. Podían ya distinguirse las siluetas de las ovejas, y el pastor las contó. Ningún lobo parecía haberse acercado. No faltaba ninguna. En ese momento apareció el tercer cabriolé con sus lámparas aún encendidas y un aspecto ridículo a la pálida luz de la mañana. Todos venían del Este con el aguanieve; todos se dirigían al Oeste. Y el ocupante del tercer carruaje también vestía un traje de noche.

Entonces el pastor manchú, tranquilamente, sin ninguna curiosidad y aún menos asombro, sino como alguien acostumbrado a ver cualquier cosa que la vida tenga que mostrarle, aguardó allí durante cuatro horas para comprobar si pasaba alguno más. El aguanieve y el viento del Este persistían. Y al fin, al cabo de las cuatro horas, pasó un nuevo carruaje. El cochero iba tan rápido como podía, como si quisiera aprovechar al máximo la luz diurna. Su capa de cochero ondeaba al viento, y en el interior del carruaje un hombre vestido con traje de noche era sacudido de un lado a otro por las irregularidades del camino.

Se trataba, por supuesto, de la célebre carrera de Pittsburg a Piccadilly por el camino más largo. Ésta había comenzado una noche, después de cenar, en casa de Mr. Flagdrop. Y había vencido Mr. Kagg con el honorable Alfred Fortescue; hijo, como todo el mundo podrá recordar, de Hagar Dermstein, quien llegó a convertirse (mediante Carta de Patente) en Sir Edgard Fortescue y, finalmente, en Lord St. George.

El pastor manchú siguió esperando hasta la noche y, cuando comprendió que ya no pasaría ningún otro carruaje, volvió a su casa para

cenar. El arroz que le habían preparado estaba caliente y sabía bien, aún mejor, si cabe, después del horrible frío que había traído el aguanieve. Cuando hubo terminado de comer, repasó concienzudamente su experiencia recreando en su interior cada detalle de los carruajes que había visto, pero desde allí su pensamiento se fue deslizado serenamente hacia la gloriosa historia de China, regresando a los tiempos innobles anteriores a la llegada de la calma y, aún más allá, a los días felices del mundo en que dioses y dragones habitaban la tierra y China era joven. Luego, encendiendo su pipa de opio y dejando fluir sus pensamientos, contempló la futura edad en que ha de producirse el regreso de los dragones.

Durante un largo espacio de tiempo su mente descansó en tan profunda serenidad que ningún otro pensamiento logró apartarla de ella, de modo que al levantarse abandonó su letargo como el hombre que emerge de un baño, renovado, limpio y satisfecho. Así, pues, de sus reflexiones concluyó que todo cuanto había visto en la llanura eran elementos maléficos de la misma naturaleza de los sueños o vanas ilusiones producidas por la acción, la gran enemiga de la calma. Entonces su pensamiento se dirigió a la forma de Dios, el Único, el Inefable, el que se sienta junto al loto blanco negando la acción, y le dio las gracias por haber eliminado de China todas las malas costumbres y enviarlas a Occidente igual que la mujer que arroja la suciedad de su hogar a los jardines vecinos.

Después de aquella gratitud, el pastor volvió a entregarse a la calma, y tras la calma, al sueño.

UNA HERMOSA BATALLA

Sobre uno de los picos jamás alcanzados e inalcanzables que se conocen como los Lóbregos de Eerie, un águila miraba al Este en medio de un esperanzado presagio de sangre. Ella sabía, y se regocijaba en esa convicción, que al Este, más allá de los bosques del valle, los enanos se habían alzado en armas en Ulk y se disponían a luchar contra los semidioses.

Los semidioses eran los hijos de madres terrenales que tenían como padre a alguno de los dioses antiguos que en otro tiempo solían caminar junto a los seres humanos. Disfrazados, a veces en las noches de verano iban hasta las villas de los hombres. Y aunque embozados e irreconocibles para ellos, las doncellas más jóvenes los descubrían y corrían a sus brazos, en tanto que sus mayores decían: «hace mucho, en las tardes, los dioses bailaban en los bosques de robles». Sus hijos vivían a la intemperie más allá de los valles de helechos, en las frías tierras de los brezales, y ahora se hallaban en guerra con los enanos.

Severos y adustos eran los semidioses, que poseían a la vez los defectos del padre y de la madre. Evitaban mezclarse con los hombres, reclamaban los derechos de sus padres los dioses, y jamás jugaban a los juegos humanos, sino que se pasaban el día profetizando a pesar de ser aún más frívolos que sus propias madres, a las que hace mucho las hadas habían dado sepultura en los jardines silvestres del bosque con algo más que los ritos humanos.

Así, pues, descontentos por no haber visto satisfechas sus demandas, disconformes con la tierra que les había sido dado habitar, sin poder alguno sobre el viento y la nieve y sin conceder importancia a los dones que sí poseían, los semidioses se volvieron indolentes, gordos y lentos, por lo que los orgullosos enanos continuamente les mostraban su desdén.

Los enanos denigraban todo cuanto participase del cielo y la divinidad. Habían sido, según cuentan, la semilla de los hombres, pero, rechonchos y peludos como las bestias, apreciaban en cambio todas las cosas bestiales y reverenciaban la bestialidad en la medida en que eran capaces de mostrar reverencia alguna. Lo que por encima de todo despreciaban, sin embargo, era el descontento de los semidioses, que soñaban con las cortes celestiales y el gobierno del viento y de la nieve. Pues, ¿qué otra cosa mejor podían hacer los semidioses?, solían decir los enanos, ¿sino meter sus narices en la tierra en busca de raíces, embadurnarse los rostros de lodo o correr junto a las felices cabras e incluso ser como ellas?

Pero en medio de la indolencia que en los semidioses había provocado su insatisfacción, la semilla de dioses y doncellas comenzó a mostrarse cada vez más descontenta y absorta en las cuestiones divinas; hasta que el desdén de los enanos, que supieron de todo ello, dejó de contenerse y exigió la guerra. Entonces quemaron ante su hechicero jefe especias bañadas en sangre y puestas a secar, afilaron sus hachas y declararon la guerra a los semidioses.

Durante la noche los enanos atravesaron los Montes de Oolnar portando cada uno su hacha, la vieja hacha guerrera de sílex de sus padres. Era una noche sin luna, y fueron avanzando descalzos y con rapidez para caer en medio de la oscuridad sobre los semidioses, que descansaban orondos, ociosos e innobles en los bosques de Ulk.

Antes del amanecer habían hallado las tierras del brezo y a allí a los semidioses que yacían perezosos y esparcidos por toda la ladera del monte. Los enanos se acercaron a ellos con recelo en la oscuridad. Pero el arte que más amaban los dioses era el arte de la guerra, y cuando la

semilla de dioses y ágiles doncellas se despertó al fin y descubrió que estaba naciendo una guerra, fue como si se tratara de su endiosada búsqueda de las marmóreas cortes celestiales o de sus ansias de dominio sobre el viento y la nieve. Inmediatamente, todos desenvainaron sus espadas de bronce templado, aquellas espadas que habían sido forjadas por sus padres en las noches tormentosas de siglos atrás y, sacudiéndose su indolencia, los semidioses hicieron frente a los enanos cayendo sobre ellos espada contra hacha. Los enanos presentaron encarnizada batalla aquella noche, y golpearon sin piedad a los semidioses con las gigantescas hachas en cuya construcción no se habían escatimado robles. Pero, a pesar de la fuerza de sus ataques y de la astucia de su estrategia, los enanos habían pasado algo por alto: los semidioses eran inmortales.

A medida que la lucha se prolongaba y se acercaba el amanecer, el número de los combatientes se iba reduciendo cada vez más, y a pesar de todos los esfuerzos, las bajas seguían cayendo de un solo bando. Cuando llegó el alba, los semidioses ya tan sólo luchaban contra seis enemigos. Y una hora después de la salida del sol había desaparecido el último enano.

Cuando la luz al fin descubrió aquel pico de los Lóbregos de Eerie, el águila abandonó su peña y voló hacia el Este con solemnidad. Allí vio cumplido su presagio de sangre. Sin embargo, halló a los semidioses descansando en sus brezales, por una vez satisfechos, a pesar de su exilio de las cortes celestes, e incluso casi del todo olvidados de sus derechos divinos y sus ansias de dominio sobre el viento y la nieve.

DE CÓMO LOS DIOS VENGARON A MEOUL KI NING

MEOUL Ki Ning llevaba una flor que había recogido del estanque de lotos de Esh para ofrecérsela a la Diosa de la Abundancia en su templo de Aoul Keroon. Sin embargo, en el camino que va desde el estanque hasta la pequeña colina donde se halla el templo de Aoul Keroon, Ap Ariph, su enemigo, le disparó una flecha con un arco de bambú que él mismo había fabricado y le arrebató su hermoso loto en la colina para ofrecérselo a la Diosa de la Abundancia en su templo de Aoul Keroon. La diosa, como toda mujer, quedó complacida por la ofrenda, y desde la Luna obsequió a Ap Ariph con dulces sueños durante siete noches seguidas.

En la séptima noche, todos los dioses celebraron un cónclave en las cumbres nebulosas que se yerguen sobre Narn, Ktoon y Pti, tan altas que no hay hombre en toda la tierra que desde allí pueda oír sus voces. Y en aquel monte nebuloso (sin que pudiera espiarlos ni la más alta de las aldeas) los dioses discutieron lo ocurrido: «¿Qué ha hecho la Diosa de la Abundancia (ellos la llamaban por su nombre, Lling) al regalar dulces sueños a Ap Ariph durante siete noches seguidas?».

Entonces los dioses mandaron llamar a su vidente, que es todo ojos y pies y recorre la Tierra observando el comportamiento de los hombres, atendiendo incluso a sus actos más insignificantes, pues sabe que no hay

acción demasiado pequeña y que la red de los dioses está entretejida de cosas diminutas. Él es quien ve al gato en el jardín de los periquitos, al ladrón en la habitación de arriba, al niño que peca con la miel; él es quien asiste a la conversación de las mujeres tras la puerta cerrada y a los acontecimientos más secretos de la casa más humilde. Y allí, ante los dioses, expuso el caso de Ap Ariph refiriendo todo el mal que éste hizo y describiendo el robo del loto blanco, la fabricación de su arco de bambú, el disparo de la flecha, la herida de Meoul Ki Ning y la sonrisa que se había dibujado en el rostro de Lling al recibir como ofrenda la flor de loto.

Oído esto, los dioses se enfurecieron con Ap Ariph y juraron vengar a Ki Ning. Entonces el más viejo de todos los dioses, aún más viejo que la misma Tierra, mandó llamar al trueno de inmediato, alzó los brazos, gritó sobre las altas montañas de los dioses azotadas por el viento, profetizó mediante runas más antiguas que el lenguaje y entonó las canciones de la ira, aprendidas de la tormenta en el mar en los tiempos en que éste cubría toda la tierra a excepción de aquella cumbre de los dioses. Luego juró que Ap Ariph moriría esa misma noche, que el trueno rugiría sobre él y las lágrimas de Lling serían en vano.

Sin embargo, aunque el rayo de los dioses, arrojado a la tierra en busca de Ap Ariph, pasó muy cerca de su casa, erró en el blanco. Un vagabundo llegado de las montañas que, mendigando arroz y requesón, cantaba en una calle próxima a la casa de Ap Ariph las canciones de las gentes antiguas que, según dicen, habitaron en otro tiempo aquellos valles, fue la víctima del rayo.

Pero, de ese modo, los dioses quedaron satisfechos y su cólera se apaciguó. El trueno siguió resonando hasta que los enormes nubarrones negros desaparecieron y el más viejo de los dioses pudo regresar a su antiguo sueño al fin. La mañana llegó, con ella volvieron los pájaros, y la luz brilló de nuevo sobre la montaña desvelando aquella cumbre que albergaba la serena morada de los dioses.

LOS DONES DE LOS DIOSES

HUBO una vez un hombre que quiso pedir un deseo a los dioses. Pues la paz imperaba en el mundo y todas las cosas resultaban igualmente monótonas, había llegado a sentirse en el fondo cansado de la paz, y por ello echaba de menos las tiendas de campaña y los campos de batalla. Así, pues, pidió un deseo a los dioses antiguos, y presentándose ante ellos, habló así:

«Dioses antiguos, reina la paz hasta en los rincones más remotos de esta tierra en la que habito, y estamos ya demasiado cansados de la paz. ¡Por eso, oh dioses antiguos, concedednos la guerra!».

Y los dioses, atendiendo a su ruego, le concedieron la guerra. El hombre partió blandiendo su espada, y desde ese momento bastaba mirarla para que la guerra estallara por doquier. Pero entonces el hombre empezó a recordar las pequeñas cosas que había conocido antes, los días serenos del pasado, y cada noche, sobre la dura tierra, soñaba con la paz. Las cosas habituales empezaron a volverse a sus ojos cada vez más queridas, aquellas cosas monótonas pero serenas de los tiempos de la paz, y recordando estas cosas, comenzó a lamentar la guerra y, una vez más, pidió un deseo a los dioses antiguos. Y presentándose ante ellos, habló así:

«Oh dioses antiguos, lo cierto es que el hombre prefiere los tiempos de paz. Así, pues, llevaos vuestra guerra y concedédnosla, pues de todos vuestros dones no hay ninguno más deseable».

El hombre regresó entonces a la morada de la paz. Sin embargo, nuevamente no tardó en cansarse de ella, de todas las cosas que ya le eran conocidas y su monotonía. Y añorando de nuevo las tiendas de campaña, se presentó ante los dioses y dijo así:

«Dioses antiguos, no deseamos vuestra paz, pues la paz no hace sino llenar de tedio nuestros días, y el hombre está mejor en la guerra».

Y los dioses volvieron a concederle la guerra. De nuevo se oyeron tambores, se vio el humo de las hogueras, el viento azotó la tierra asolada, volvió a escucharse el sonido de los caballos que se dirigen al combate, y ardieron las ciudades y todas las cosas que los trotamundos conocen. Entonces los pensamientos del hombre regresaron a las costumbres de la paz. Y de nuevo añoró la hierba sobre los prados, la luz en los viejos torreones, el sol encendiendo los jardines, las flores en los bosques, el sueño y los senderos en calma de la paz.

Y el hombre una vez más se presentó ante los dioses antiguos y volvió a implorarles:

«Dioses antiguos, el mundo y yo estamos cansados de la guerra y añoramos las viejas costumbres y los senderos en calma de la paz».

Y los dioses se llevaron la guerra y le concedieron la paz. Pero, cierto día, el hombre celebró consejo y conversó largamente consigo mismo hasta concluir: «Mis deseos, que los dioses conceden, no son precisamente deseables, y si un día los dioses me concedieran uno de ellos y jamás accedieran a revocarlo, que es algo que los dioses suelen hacer, yo sería juzgado con severidad por mi deseo. Mis deseos son peligrosos, y por lo tanto no debo formularlos más».

De modo que resolvió enviar a los dioses una carta anónima que decía lo siguiente:

«Oh dioses antiguos, este hombre que hasta en cuatro ocasiones os ha perturbado con sus deseos, pidiendo a veces la paz y a veces la guerra, es un hombre que no muestra respeto por los dioses, que los denuesta cuando no atienden a sus ruegos y

únicamente los alaba en los días santos y en las horas señaladas en que los dioses escuchan sus plegarias. Así, pues, no concedáis más deseos a este impío».

Los días de paz fueron sucediéndose y de la tierra volvió a surgir, como la niebla en otoño de los campos arados durante generaciones, el sabor de la monotonía. Entonces el hombre se presentó una buena mañana de nuevo ante los dioses y rogó:

«Oh dioses antiguos, concedednos una sola guerra más para que pueda volver a los campos de batalla y a las fronteras disputables por última vez».

Y los dioses le respondieron: «No hemos oído buenas cosas de ti. Tu mal proceder ha llegado hasta nosotros. Por ello nunca volveremos a cumplir tus deseos».

EL SACO DE ESMERALDAS

UNA mala noche de octubre, en los altos cerros que se encuentran más allá de Wiltshire, con un viento del norte que anunciaba el invierno y mientras se iban dejando caer una a una las viejas hojas de las ramas y se oía el canto luctuoso de la lechuza en medio de una pavorosa soledad, un anciano con las botas rajadas y unos harapos empapados y azotados por el viento avanzaba con enormes dificultades bajo un saco de esmeraldas.

Le habría sido fácil al lector, de haberse hallado viajando a altas horas de aquella desapacible noche, comprender que la carga del saco era demasiado grande para el pobre anciano que la soportaba. Y si hubiera iluminado su rostro con una linterna en aquel momento, una expresión de desesperanza y fatiga inmediatamente le habría revelado que no era por su voluntad por lo que continuaba tambaleándose bajo aquel saco abultado e inmenso.

Cuando el aspecto amenazante de la noche, sus siniestros sonidos, el frío y el peso de la carga ya lo habían conducido casi hasta las mismas puertas de la muerte, dejó caer su saco al camino y siguió arrastrándolo lentamente tras él haciéndolo resbalar y chocar contra las piedras. Sentía que su última hora había llegado y que, lo que era aún peor, le había llegado mientras seguía cargando con aquel maldito saco, cuando distinguió la negra silueta de La Señal del Pastor Perdido, que se alzaba en mitad del áspero sendero. Abrió la puerta, avanzó tambaleándose hacia la luz, y se dejó caer sobre uno de los bancos junto al enorme saco.

A toda esta escena habría asistido el lector de haberse hallado en aquel camino solitario, a aquella hora avanzada de la noche, en medio de aquellos cerros ingratos cuya silueta se perfilaba vasta y luctuosa en la oscuridad salpicada de árboles que mostraban la tristeza de octubre. Sin embargo, ni usted ni yo asistimos a la escena, y yo no vi al pobre anciano cargado con su saco hasta que se dejó caer repentinamente en la taberna iluminada.

Estaban allí Yon, el herrero; también el carpintero Willie Losh; y Jackers, el hijo del cartero. Le ofrecieron un vaso de cerveza, y el anciano se lo bebió sin dejar de abrazar sus esmeraldas. Al fin, pasado un momento, le preguntaron por el contenido de aquel bulto, cuestión que el anciano a todas luces temía, y él se limitó a sujetar con mayor fuerza aún el saco empapado mientras musitaba que eran patatas.

«Patatas», dijo Yon el herrero.

«Patatas», repitió Willie Losh.

Y al advertir las señales de la duda en sus voces, el anciano comenzó a estremecerse y a lloriquear.

«¿Patatas has dicho?», inquirió el hijo del cartero.

Los tres se levantaron y trataron de echar una ojeada al saco que aquel viajero empapado por la lluvia custodiaba tan celosamente. Por la fiereza del hombre, yo diría que, de no haber sido por la espantosa noche, el peso que desde tan lejos había tenido que soportar y el terrible viento de octubre, sin duda alguna se habría enfrentado a los tres a la vez (el herrero, el carpintero y el hijo del cartero) hasta lograr apartarlos de su saco, pues cansado y calado hasta los huesos, logró sin embargo ofrecer una tenaz resistencia.

Ni que decir tiene que yo habría debido intervenir, si bien lo cierto es que sabía que ninguno de aquellos tres hombres tenía intención de hacer daño alguno al viajero. Tan sólo se habían sentido ofendidos por la reticencia que mostraba hacia ellos después de haberle ofrecido su cerveza. Era como si hubieran fracasado al intentar abrir el armario con una llave maestra. En cuanto a mí, la curiosidad me mantenía inmóvil en

mi silla y me impedía intervenir en su defensa, pues los ademanes furtivos del anciano, el tiempo y la hora de la noche, así como el aspecto de aquel saco me tenían tan impaciente por averiguar su contenido como al herrero, al carpintero y al hijo del cartero.

Entonces descubrieron las esmeraldas. Había centenares dentro del saco, y todas tenían un tamaño aún mayor que el de una avellana. El anciano gritó.

«Vamos, calma, no somos ladrones», dijo el herrero.

«No somos ladrones», repitió el carpintero.

«No somos ladrones», repitió el hijo del cartero.

Con un terror atroz en su rostro el viajero cerró el saco gimoteando sobre sus esmeraldas y mirando furtivamente a su alrededor como si la revelación de su secreto fuera una cuestión de vida o muerte. Los hombres le pidieron entonces una esmeralda, sólo una de aquellas enormes esmeraldas para cada uno de ellos, a cambio de haberle ofrecido un vaso de cerveza. Y en ese instante, al ver al viajero encogerse alrededor de su saco y protegerlo con sus manos crispadas como garras, cualquiera habría dicho que se trataba de un hombre egoísta de no ser por el terror que helaba su semblante. He visto a algunos hombres mirar cara a cara a la misma muerte con mucho menos terror.

Cada uno de los hombres se apoderó entonces de su esmeralda, una enorme esmeralda para cada uno, mientras el anciano seguía luchando en vano hasta ver que las tres esmeraldas desaparecían. Luego cayó al suelo como un peso muerto, empapado y lastimoso, y lloró.

Casi en ese mismo momento yo había empezado a oír a lo lejos, proveniente del mismo camino azotado por el viento que había recorrido el saco para llegar hasta allí, primero débilmente y, poco a poco, cada vez con mayor intensidad, el clic clac clop de un caballo cojo que se iba acercando. Era un clic clac clop y un repiqueteo de herradura suelta, el sonido que hace un caballo demasiado cansado como para viajar en una noche así y demasiado cojo como para volver a viajar nunca.

Clic clac clop, de repente, el anciano vagabundo oyó aquel ruido. Lo distinguió entre el sonido de sus propios sollozos, e inmediatamente hasta sus labios palidieron. Aquel súbito terror que se apoderó de él sacudió al mismo tiempo el corazón de todos los presentes. Los demás musitaron que todo había sido tan sólo un juego, y entre susurros ofrecieron excusas apresuradas. Aunque le preguntaron qué iba mal, pareció como si apenas esperaran respuesta. Y el anciano ni siquiera respondió, sino que permaneció sentado con una mirada gélida mientras todos semejaban un verdadero monumento al terror.

El clic clac clop iba oyéndose cada vez más y más cerca. Y cuando vi la expresión del rostro de aquel hombre y cómo el horror se volvía más profundo a medida que el sonido se aproximaba, comprendí que, definitivamente, algo iba mal. Al mirar por última vez a los cuatro hombres, vi al caminante horrorizado junto a su saco y a los otros tres apretujándose alrededor para devolver a su interior las enormes esmeraldas. Incluso a pesar de la noche, me deslicé sigilosamente hasta abandonar la taberna.

Fuera, el viento cortante rugía en mis oídos, y muy cerca, en la oscuridad, seguía escuchándose el clic clac clop del caballo. Tan pronto como mis ojos se acostumbraron a la oscuridad de la noche, distinguí a un hombre con un gigantesco sombrero que se erguía frente a mí y llevaba una espada metida en una vaina desgastada y enorme que parecía aún más negra que la oscuridad que lo envolvía. Cabalgaba lentamente a lomos de un caballo flaco en dirección a la taberna. Si eran tuyas o no las esmeraldas, de quién se trataba o por qué viajaba en un caballo cojo en una noche como aquella, fueron cuestiones que no me detuve a indagar. Me alejé de la taberna mientras él avanzaba a grandes zancadas con su enorme abrigo negro de jinete hacia la puerta.

Desde aquella noche, ni al caminante, ni al herrero, ni al carpintero, ni al hijo del cartero se les ha vuelto a ver.

EL VIEJO ABRIGO MARRÓN

CUENTA mi amigo Mr. Douglas Ainslie que Sir James Barrie una vez le refirió la siguiente esta historia. La historia, o más bien anécdota, decía así.

Un hombre que paseaba por una subasta en algún lugar extranjero — creo que debía de ser Francia, pues se pujaba en francos— descubrió que vendían ropas usadas, y dejándose llevar por algún capricho fruto de la ociosidad, no tardó en encontrarse pujando por un viejo abrigo. Había un hombre que pujaba contra él, y él pujaba contra el hombre. El precio fue incrementándose hasta que, por fin, el viejo abrigo le fue adjudicado por veinte libras. Y se marchaba ya con su abrigo recién comprado cuando descubrió al otro postor mirándole con expresión furiosa.

Hasta aquí llega la historia, pero, «¿qué fue?», me preguntó Mr. Ainslie, «¿lo que sucedió después, y cuál era el motivo de aquella mirada de furia?». Inmediatamente dirigí mis pesquisas a una fuente de confianza, y pude averiguar que el hombre que compró aquel abrigo en tan extrañas circunstancias se llamaba Peters. Con él se fue a continuación hasta la Rué de Rivoli, donde se hallaba el hotel en que se alojaba, desde la oscura y sórdida sala de subastas situada junto al Sena en la que había cerrado aquella compra. Y allí pasó todo el día y gran parte de la mañana siguiente examinando el abrigo del derecho y del revés. Era un gabán ligero de color marrón con faldones, y después de haberlo examinado Peters no fue capaz de hallar ni la más remota razón

para haberse gastado veinte libras en una prenda tan usada.

Ya avanzada la mañana siguiente, se hallaba en el salón de su hotel contemplando los Jardines de las Tullerías, cuando le anunciaron la visita del hombre de la mirada furiosa. El hombre permaneció ante él en silencio, con semblante adusto y airado, hasta que se hubo marchado el camarero que lo guió. Cuando por fin habló, sus palabras fueron concisas y claras, como si surgieran de las más hondas emociones:

«¿Cómo se atrevió usted a pujar contra mí?».

Se llamaba Santiago. Y durante unos instantes, Peters no halló justificación o disculpa alguna que ofrecerle, ni siquiera el menor atenuante para su conducta. Al fin, sin demasiada convicción, débilmente y a sabiendas de que su argumento no sería de ninguna utilidad, musitó algo parecido a que Mr. Santiago podría haber superado a su vez su puja.

«No», fue su respuesta. «No necesitamos que la ciudad entera esté el tanto. Se trata de un asunto entre usted y yo».

Hizo una pausa, y a continuación añadió con sus maneras airadas y bruscas: «Mil libras; ni una más».

Casi sin ser consciente de lo que hacía Peters aceptó la oferta y, habiéndose embolsado las mil libras que le fueron pagadas, al tiempo que se disculpaba por las molestias que involuntariamente hubiera podido causar, trató de indicar al extraño dónde se hallaba la salida. Sin embargo, Santiago caminaba rápidamente con el abrigo por delante de él, y pronto había desaparecido.

Durante la segunda consideración de Peters transcurrió toda otra larga tarde de amargos reproches. ¿Por qué había dejado ir tan irreflexivamente una prenda por la que alguien estaba dispuesto a ofrecer nada menos que mil libras? Cuanto más lo pensaba más claramente podía comprender que había perdido la rara oportunidad de una inversión de primera clase de carácter especulativo. Conocía a los hombres quizá mejor que los materiales, y aunque no había podido ver en aquel viejo abrigo marrón ni mucho menos un valor de mil libras,

veía mucho más en la impaciente necesidad del hombre.

Aquella tarde de reflexión sobre las oportunidades perdidas acabó en una noche de remordimientos, y apenas si había amanecido al día siguiente cuando fue corriendo hasta el salón para comprobar si aún seguía allí la tarjeta de Santiago. Y allí estaba la pulcra y perfumada *carte de visite* que en una esquina mostraba su dirección parisina.

Pasó la mañana buscándolo, y por fin lo encontró sentado a una mesa llena de sustancias químicas y lentes de aumento, donde examinaba extendido el viejo abrigo marrón. Peters creyó que el hombre se mostraba un tanto perplejo.

Inmediatamente empezaron a negociar. Peters era un hombre rico y le dijo a Santiago que pusiera el precio. El hombrecillo de tez oscura admitió estar atravesando apuros financieros, y accedió entonces a venderlo por treinta mil libras. Siguieron unos breves regateos, el precio se redujo y el viejo abrigo marrón volvió a cambiar de manos, por veinte mil libras esta vez.

Dejemos que todo aquél que se sienta tentado a dudar de mi historia comprenda que en la City, tal como podrá asegurarle cualquier respetable empresario, veinte mil libras se invierten casi a diario sin mayor beneficio que el de un viejo abrigo con faldones. Cualesquiera que fuesen las dudas que Mr. Peters albergara aquel día acerca del acierto de su inversión, allí tenía ante sí aquella recompensa tangible, aquel objeto que verdaderamente era posible mirar y acariciar, cosa que tan a menudo está vedada a quien invierte en minas de oro y otros negocios similares.

Sin embargo, a medida que los días pasaban y el viejo abrigo no se volvía menos viejo, más atractivo ni más útil, sino que cada vez parecía un abrigo más ordinario y gastado, Peters volvió a cuestionarse su astucia. Antes de una semana, sus dudas eran ya graves. Y una buena mañana, Santiago volvió a aparecer. Le habló de un hombre recién llegado de España, un amigo que se había presentado de improviso en París y le había devuelto algún dinero prestado. Entonces propuso a

Peters que le revendiera el abrigo por treinta mil libras.

Peters, viendo allí su oportunidad, abandonó el fingimiento que había mantenido hasta entonces de saber algo sobre aquel abrigo misterioso y preguntó por sus propiedades. Santiago juró que las desconocía, y una y otra vez repitió su juramento sobre los más diversos nombres sagrados. Sin embargo, cuando Peters, como de costumbre, amenazó con no vender, Santiago sacó un cigarro, lo encendió y, acomodándose en una silla, le contó todo cuanto sabía acerca del abrigo.

Había pasado semanas siguiendo su pista con la sospecha cada vez más sólida de que aquél no era un abrigo corriente. Al fin, había dado con él en aquel salón de subastas, pero no había querido ofrecer una cantidad superior a veinte libras por temor a que alguien más pudiera averiguar su secreto. Cuál era dicho secreto él juraba ignorarlo, pero por el momento había algo que sí sabía, y era que el abrigo no pesaba nada en absoluto. Asimismo, había descubierto, experimentando con ácidos, que el tejido marrón del que estaba hecho el abrigo no era paño, ni seda, ni ningún otro material conocido, y que éste tampoco se podía quemar ni desgarrar. Estaba convencido de que se trataba de algún material que aún desconocíamos. Y tenía la absoluta seguridad de que sería capaz de descubrir en él esas propiedades que él creía maravillosas tan sólo en una semana más de experimentos con distintas sustancias químicas. Volvió a ofrecerle treinta mil libras más que le serían pagadas, si todo iba bien, en un plazo de dos o tres días. Y a continuación ambos comenzaron a regatear como buenos hombres de negocios que eran.

Transcurrió la mañana en los jardines de las Tullerías y llegó la tarde. A las dos, ambos alcanzaron un acuerdo sobre «la base», como ellos la llamaron, de treinta mil guineas. El viejo abrigo con faldones volvió a extenderse entonces sobre la mesa, y los dos hombres lo examinaron juntos y conversaron acerca de sus propiedades aún más amistosamente, si cabe, después de la enérgica discusión.

Santiago se levantaba para marcharse y Peters le estrechaba cordialmente la mano cuando se oyó un paso en las escaleras. Su eco

llegó hasta la habitación, y entonces se abrió la puerta. Un hombre de edad avanzada entró moviéndose con dificultad. Caminaba penosamente, casi como si fuera un bañista que hubiera pasado nadando y flotando toda la mañana y echara de menos la facilidad del agua al pisar de nuevo la tierra firme. Fue avanzando a trompicones hasta la mesa sin decir palabra, y allí no tardó en advertir el viejo abrigo marrón.

«¿Qué hace ahí mi viejo abrigo?», dijo sin más.

Y sin mediar otra palabra se lo puso. Ante la mirada implacable que podía verse en sus ojos mientras se acomodaba el abrigo e iba cuidadosamente abotonándose, ahora abrochando un botón de la solapa de un bolsillo aquí, ahora desabrochando otro de allá, ni Peters ni Santiago encontraron nada que decir. Permanecieron sentados mientras ambos se preguntaban cómo habían osado pujar por aquel abrigo marrón con faldones, cómo se habían atrevido a comprarlo, a tocarlo siquiera. Sin embargo, se quedaron allí sentados en silencio sin pronunciar una sola disculpa.

Sin decir nada más, el viejo atravesó la habitación arrastrando los pies, abrió de par en par la doble ventana que daba a los jardines de las Tullerías y, dirigiéndoles por encima del hombro una mirada llena de desprecio, saltó en el aire en un ángulo de cuarenta grados.

Peters y Santiago lo vieron girar a la izquierda desde la ventana, atravesar en diagonal la Rué de Rivoli y doblar una de las esquinas de los jardines de las Tullerías. Luego lo vieron pasar junto al Louvre, y desde allí aún pudieron seguir observándolo estúpidamente mientras seguía avanzando, cada vez con paso más firme y seguro a medida que se alejaba con su viejo abrigo marrón.

Ninguno de los dos habló hasta que el viejo no fue ya sino una mota minúscula que desaparecía a lo lejos con rumbo sudeste sobre el cielo de París.

«¡Increíble!», exclamó Peters.

Santiago, sin embargo, movió apesadumbrado la cabeza. «Yo sabía que era un buen abrigo», dijo. «Yo lo sabía».

EN UN ARCHIVO DE MISTERIOS ANTIGUOS

CONSTA en el Archivo de Misterios Antiguos de China que un miembro de la estirpe de Tlang que era hábil con el cincel había ido hasta las montañas de jade verde para esculpir en ellas un dios de jade. Esto sucedió durante el ciclo del dragón, en el año setenta y ocho. Casi durante cuatrocientos años los hombres se mostraron escépticos hacia aquel dios de jade verde, y pasados esos cuatrocientos años lo adoraron durante otros mil. Transcurridos esos mil años, volvieron a dudar de él, y entonces el dios de jade verde hizo un milagro y derribó las montañas de jade, hundiéndolas para siempre en la tierra una tarde a la puesta del sol. En el lugar que antes ocuparon las montañas de jade verde, tan sólo quedó entonces un pantano plagado de lotos.

Junto a la orilla de aquel pantano de lotos, a la hora de la tarde en que empezaban a resplandecer, caminaba Li La Ting, la muchacha china, que conducía las vacas de regreso a su casa e iba cantando la canción del río Lo Lang Ho. Decía su canción que es el mayor de todos los ríos; que nace en las montañas más antiguas conocidas por los sabios y su caudal es más veloz que la liebre y más profundo que el mar; que es el rey de todos los ríos, más fragante que las rosas y más hermoso que los zafiros que adornan la garganta de los príncipes.

Luego elevó una plegaria al río Lo Lang Ho, rey de los ríos y rival

del cielo al amanecer, para que le trajera en un bote de ligero bambú a un amante que llegara remando de la tierra del interior vestido de seda amarilla y con cinturón de turquesas. Rogó para que fuera joven, alegre e indolente, para que tuviera un rostro amarillo como el oro, luciera un rubí en su gorro y se iluminara con faroles que resplandecieran al atardecer.

Así iba aquella tarde la muchacha rogando al río Lo Lang Ho mientras caminaba tras las vacas a la orilla del pantano de los lotos. Pero el dios de jade verde, que se hallaba sumergido en él, sintió celos del amante por el que la doncella Li La Ting rogaba al río Lo Lang Ho, y maldijo al río a la manera en que maldicen los dioses, y lo convirtió en un mezquino y maloliente riachuelo.

Todo esto ocurrió hace mil años. El Lo Lang Ho hoy no es más que una simple penalidad para los viajeros que lo encuentran a su paso, y la gloria del gran río que fue hace mucho que ha sido olvidada. Ninguna historia refiere la suerte de la muchacha. Los hombres piensan que fue convertida en una diosa de jade que, sentada en un loto esculpido en piedra, sonríe junto al dios de jade verde al fondo del pantano y sobre las cumbres de las antiguas montañas de jade. Las mujeres, sin embargo, saben que su espíritu aún vaga por los alrededores del pantano de los lotos durante sus crepúsculos resplandecientes cantando al río Lo Lang Ho.

UNA CIUDAD MARAVILLOSA

TRAS escalar el ángulo más alto de un precipicio, la luna se hizo visible. La noche, por un momento, había cubierto con su capa la ciudad, que había sido trazada de forma simétrica según unos planos ordenados y pulcros. En dos dimensiones, esto es, a lo largo y ancho, las calles se entrecruzaban con una regular exactitud y toda la monotonía de que es capaz la ciencia de los hombres. Pero era como si la ciudad se hubiera echado a reír, se hubiera liberado y, en la tercera dimensión, se alzara para sostener todo aquello que, irregular y negligente, se rebela contra el dominio humano.

Incluso allí, en aquellas alturas, el hombre había seguido aferrándose a sus simetrías, proclamando que aquellas montañas eran edificios. En hileras rigurosamente ordenadas miles de ventanas se miraban unas a otras con precisión, todas perfectamente simétricas, todas idénticas, hasta tal punto que nadie sería capaz de adivinar durante el día que allí pudiera ocultarse misterio alguno. Esto era así bajo la luz solar. Sin embargo, al llegar el crepúsculo, aunque todo permanecía igualmente ordenado, tan regular y científico como sólo puede serlo el trabajo del hombre y de las abejas, la niebla comenzaba a volverse más densa y oscura. Y entonces primero desaparecía el edificio Walworth, que regresaba a sus orígenes, muy lejos de toda obediencia al hombre, para ocupar el lugar que le corresponde entre las montañas. Yo lo he visto erguirse, con las vertientes más bajas de sus tejados invisibles a la luz

del crepúsculo, mientras tan sólo se distinguían sus agujas recortadas contra el cielo más claro, como sólo se yerguen las montañas. Todavía las ventanas del resto de los edificios permanecían en sus hileras regulares —todas en silencio, una junto a otra—, aún inalteradas, como aguardando a un solo movimiento furtivo para entonces escapar de los planos del hombre y volver a deslizarse hasta el misterio y la leyenda, igual que los gatos cuando huyen sigilosamente sobre sus pies de terciopelo del hogar familiar amparados en la oscuridad y en la luz de la luna.

Y al fin la noche caía y llegaba el momento. Se encendía una ventana. A lo lejos, con su luz anaranjada, otra más resplandecía. Ventana tras ventana empezaban a brillar, pero aún faltaban muchas para estar todas encendidas. Seguramente, si algún hombre moderno con sus planes brillantes gobernara alguna vez aquel lugar, pulsaría algún interruptor que pudiera encenderlas todas a la vez. Pero aún seguía perteneciendo al hombre antiguo del que hablan las viejas canciones y a cuyo espíritu todavía son familiares las leyendas extraordinarias y las montañas misteriosas.

Una a una las ventanas empezaron a resplandecer desde los precipicios; en algunas parpadeaba una luz; otras seguían aún a oscuras. Los planos ordenados del hombre habían desaparecido, y nos hallábamos en medio de vastas alturas que iluminaban balizas indescifrables.

Había visto antes esa clase de ciudades, y había hablado de ellas en el *Libro de las maravillas*.

Allí, en Nueva York, un poeta fue recibido.

DÍAS DE OCIO EN EL YANN

DESPUÉS de atravesar el bosque para llegar hasta las orillas del Yann, allí encontré, tal como había sido profetizado, al *Pájaro del río* a punto de soltar el cable. El capitán estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la blanca cubierta, y junto a él podía verse una cimitarra en su vaina lujosamente adornada. Los marineros se afanaban en desplegar las ágiles velas para conseguir guiar el barco hasta la corriente central del Yann, al tiempo que sin cesar entonaban dulces canciones antiguas. De repente el viento de la tarde, que bajaba fresco de los campos nevados de alguna sierra que fue morada de lejanos dioses, comenzó a hinchar aquellas velas que parecían alas, como si fuera una oleada de alegría que llegara a una ciudad llena de inquietud.

Así alcanzamos la corriente central del río, donde ya los marineros comenzaron a arriar las velas mayores. Pero yo había ido a presentar mis respetos al capitán e indagar acerca de los milagros y apariciones de los dioses más sagrados de cualquiera que fuese su tierra natal. El capitán respondió que era originario de la hermosa Belzoond y creía en los dioses menores y más humildes, los que raras veces castigaban con el hambre o con el trueno y eran fácilmente apaciguados con pequeñas batallas. Yo le conté que había llegado de Irlanda, que era una tierra perteneciente a Europa, ante lo cual tanto el capitán como toda su tripulación rieron diciendo: «No hay lugares como ése en todo el País de los Sueños».

Cuando hubieron dejado de burlarse de mí, les expliqué que mi imaginación habitaba la mayor parte del tiempo en Cuppar-Nom-bo, el desierto que circunda una hermosa ciudad, llamada Golthot la Maldita y custodiada por lobos y sombras, que lleva años desierta por culpa de una maldición que los dioses habían arrojado sobre ella en un instante de ira y nunca desde entonces habían vuelto a recordar. También que a veces mis sueños me conducían hasta Pungar Vees, la roja ciudad amurallada de las fuentes que comercia con las Islas y Thul. Al oír esto, alabaron los lugares que habitaba mi imaginación, diciendo que, aunque nunca habían visto aquellas ciudades, bien merecía la pena soñarlas.

Pasé el resto de la tarde negociando con el capitán la suma que habría de pagar por mi pasaje, si Dios y las mareas del Yann consentían llevarnos sanos y salvos hasta aquellos arrecifes marinos que se conocen como Bar-Wul-Yann, las Puertas del Yann.

Ya el sol se había puesto y todos los colores del cielo y la tierra habían celebrado con él un festival para ir desapareciendo uno a uno ante la inminente llegada de la noche. Todos los loros habían volado a sus nidos en la jungla, que flanqueaba ambas orillas del río; los monos permanecían en fila, dormidos y silenciosos, en las ramas más altas de los árboles; las luciérnagas revoloteaban de un lado a otro en lo más profundo del bosque, y las enormes estrellas se asomaban resplandecientes para contemplar el rostro del Yann. Los marineros comenzaron a encender los faroles y a colgarlos por toda la embarcación, y la súbita luz que éstos desprendían sobresaltaba al Yann, al tiempo que los patos a ambas orillas levantaban el vuelo y comenzaban a describir amplios círculos en el aire, contemplando los tramos más alejados del río y la blanca niebla que blandamente cubría la jungla con su manto antes de regresar de nuevo a sus charcas.

Luego los marineros se arrodillaron sobre la cubierta y rezaron, pero no todos juntos, sino en grupos de cinco o seis hombres cada vez. Uno junto a otro esos cinco o seis se arrodillaban, pues allí sólo rezan simultáneamente los hombres de credos distintos para que ningún dios

tenga que atender al mismo tiempo dos oraciones. Tan pronto como alguno de ellos ha finalizado su plegaria, otro de su misma fe pasa a ocupar su lugar. Y de este modo una fila de cinco o seis hombres se arrodillaba con la cabeza inclinada bajo la vela ondeante, mientras la corriente central del río Yann los iba conduciendo hacia el mar y las plegarias que nacían entre los faroles se elevaban hasta las estrellas. Tras ellos, en la popa del barco, el timonel rezaba en voz alta su oración de timonel, la misma que pronuncian todos los que desempeñan este oficio en el río Yann, cualquiera que sea la fe que profesen. Y el capitán rogó a sus diosillos menores, los dioses que bendicen Belzoond.

Yo también sentí la necesidad de rezar. Y aunque no me agradaba rezar a un dios celoso, aún quedaban los dioses frágiles y afectuosos que el amor del pagano estaba invocando por su humildad. De modo que me decidí finalmente por Sheol Nuganoth, al que los hombres de la jungla hace mucho que abandonaron a su soledad retirándole su fe, y a él recé.

Mientras pronunciábamos nuestras oraciones la noche cayó súbitamente, como cae sobre los hombres que rezan a la hora del crepúsculo y también sobre los que no. Pero la oración confortaba nuestras almas al pensar en la Gran Noche que estaba por venir.

Así el Yann nos empujaba hacia delante en nuestra travesía de aquel modo magnífico, pues se regocijaba recibiendo la nieve fundida que el Poltiades le había llevado desde los montes de Hap, y el Marn y el Migris le tributaban sus crecidas. Gracias a la fuerza de su caudal dejamos atrás Kyph y Pir, y al fin divisamos las luces de Goolunza.

Pronto todos nos quedamos dormidos a excepción del timonel, que mantenía la embarcación en el centro de la corriente del Yann. No dejó de cantar hasta la salida del sol, pues las canciones le servían para infundirse ánimo durante la noche solitaria. Tan pronto como su canto cesó, todos despertamos de repente. Otro hombre fue a ocupar su lugar junto al timón, y el timonel entonces pudo dormirse.

Sabíamos que pronto llegaríamos a Mandaroon. Y después de almorzar Mandaroon apareció. El capitán comenzó a dar órdenes, los

marineros volvieron a soltar las velas mayores y el barco viró para abandonar la corriente del Yann y penetrar en un puerto a los pies de los rubicundos muros de Mandaroon. Mientras la tripulación desembarcaba para ir en busca de fruta, yo me quedé solo a las puertas de la ciudad. Fuera había unas pocas cabañas que habitaba la guardia. Un centinela de larga barba blanca, que llevaba unas grandes lentes cubiertas de polvo, custodiaba la puerta armado de una lanza oxidada.

A través de la puerta se veía la ciudad. Una quietud sepulcral reinaba sobre ella. Los caminos parecían no haber sido pisados jamás, la verdina era espesa sobre los umbrales, y en la plaza del mercado podían verse unas figuras que yacían juntas, dormidas y amontonadas. Desde la puerta llegaban bocanadas de incienso, de incienso y amapola quemada, y se oía el zumbido de los ecos de unas campanas distantes. Me dirigí al centinela en la lengua de la región del Yann:

«¿Por qué todos duermen en esta ciudad silenciosa?».

Y el centinela respondió:

«Nadie debe hacer preguntas ante estas puertas para no despertar a sus habitantes; pues cuando ellos despierten morirán los dioses, y cuando los dioses mueran los hombres no podrán volver a soñar jamás».

Entonces quise saber cuáles eran los dioses que en aquella ciudad se adoraban, pero él inmediatamente levantó su lanza, porque nadie debía hacer preguntas ante aquellas puertas. Así, pues, dejé al centinela y regresé al *Pájaro del río*. Mandaroon era verdaderamente hermosa con sus blancos pináculos que se asoman por encima de los muros rojizos y el color verde de sus tejados de cobre.

Cuando volví al *Pájaro del río* hallé que los marineros ya habían regresado al barco. Pronto levamos ancla y zarpamos, y así volvimos a situarnos en medio de la corriente del río. El sol estaba llegando a su cénit, y allí en el río Yann nos alcanzó el canto del numeroso coro de miríadas que le acompañan en su travesía alrededor del mundo. Las pequeñas criaturas de múltiples patas ya habían desplegado ágilmente sus alas de gasa en el aire, igual que un hombre que descansa los brazos

en la baranda del balcón y dedica al sol una alabanza ceremonial y jubilosa, o se movían juntas en temblorosas danzas intrincadas y rápidas, o se echaban a un lado para esquivar la gigantesca avalancha de una gota de agua que la brisa hubiera arrojado de una orquídea de la selva, refrescando el aire y guiándola a su antojo durante su caída a la tierra silbante y fugaz. Su canto triunfal no cesó en todo el tiempo.

«Pues el día nos pertenece», decían, «si nuestro gran padre sagrado, el Sol, nos trae más vida de los pantanos».

Cantaban todos los seres cuyas notas son conocidas para el oído humano y también aquellos cuyas notas, mucho mayores en número, jamás han sido escuchadas por el hombre. Para ellos un solo día de lluvia habría sido como una auténtica era de guerra que hubiera asolado continentes en el transcurso de una vida humana.

De la oscura y vaporosa jungla surgieron también las enormes e indolentes mariposas para contemplar y disfrutar el sol. Y las mariposas danzaron, pero su danza era lánguida al ritmo del aire, como una altiva reina de lejanas tierras conquistadas que para sobrevivir ejecutara su danza de pobreza y exilio en un campamento de gitanos por un trozo de pan, pero que jamás humillaría su orgullo bailando por un pedazo más grande.

Las mariposas cantaban a las cosas más pintorescas y raras; cantaban a orquídeas de color púrpura, a rojas ciudades perdidas y a los colores monstruosos de la descomposición de la jungla. También ellas se contaban entre esas criaturas cuyas voces son indiscernibles para los oídos humanos. Y mientras revoloteaban sobre el río, viajando de un bosque a otro, su esplendor armonizaba con la belleza enemiga de los pájaros que las perseguían. A veces se posaban sobre las grandes flores blancas, como de cera, de las plantas que trepaban por los troncos y se encaramaban a los árboles del bosque, y entonces sus alas moradas resplandecían sobre ellas, igual que las caravanas que hacen el trayecto de Nuri a la Thacia con sus sedas brillantes que relucen sobre la nieve cuando los astutos mercaderes van desplegándolas una a una para

asombrar a los habitantes de las montañas de Noor.

Sobre hombres y animales el sol derramaba somnolencia. Los monstruos del río yacían dormidos sobre el limo de ambas orillas. Los marineros alzaron sobre cubierta un pabellón con borlas doradas para el capitán. Y luego todos, a excepción del timonel, se colocaron bajo una vela que había sido colgada a modo de toldo entre dos mástiles. Allí, como de costumbre, comenzaron a contarse historias de su propia ciudad o a relatar los milagros de sus dioses hasta quedarse dormidos. El capitán me ofreció la sombra de su pabellón con borlas doradas, y allí estuvimos conversando durante algún rato. Me explicó que llevaba mercancía a Perdóndaris y que luego regresaría con cosas del mar a la hermosa Belzoon. Y mientras observaba a través de la abertura del pabellón los pájaros de colores brillantes y las mariposas que cruzaban una y otra vez sobre el río, yo también fui quedándome dormido. Empecé a soñar que era un monarca que entraba en la capital de su reino bajo arcos de banderas y en presencia de todos los músicos del mundo, que tocaban melodiosamente sus instrumentos, al que, sin embargo, nadie aclamaba.

Por la tarde, cuando ya el día volvía a hacerse más fresco, desperté y encontré al capitán colocándose otra vez su cimitarra, de la que se había despojado para descansar. Nos estábamos acercando al gran palacio de Astahahn, a orillas del río. Había extrañas embarcaciones de construcción arcaica amarradas a los peldaños. A medida que nos íbamos acercando podíamos contemplar la explanada de mármol cuyos tres muros flanqueados de columnas respaldaban la ciudad. Por toda la explanada y al pie de las columnas las gentes caminaban con enorme solemnidad y cuidado, siguiendo los ritos de una antigua ceremonia. Todo en aquella ciudad era de factura antigua. El labrado de las casas que, aunque castigado por el tiempo, jamás había sido reparado, tenía su origen en los siglos más remotos; y por todas partes podían verse representaciones en piedra de animales que hace mucho desaparecieron, como dragones, grifos, hipogrifos y gárgolas de toda especie.

Nada había en Astahahn, material o costumbre, que fuera nuevo. Nadie parecía a nuestro paso prestarnos atención. Aquellas gentes continuaban sin inmutarse con sus procesiones y ceremonias de la antigua ciudad, en tanto que los marineros, por su parte, que conocían sus costumbres, parecían no reparar tampoco en ellas. Sin embargo, yo llamé la atención, al acercarme, a un individuo que se hallaba al borde del agua. Quise saber a qué se dedicaban los hombres de Astahahn, con qué mercancías y con quiénes comerciaban. Me respondió así: «Aquí hemos reducido y maniatado al Tiempo, que, de lo contrario, habría dado muerte a los dioses».

Entonces le pregunté cuáles eran los dioses que allí se adoraban. «Todos aquéllos a los que el Tiempo no ha aniquilado todavía». Y a continuación me volvió la espalda sin pronunciar una sola palabra más, ocupándose de comportarse como los otros de acuerdo con la antigua costumbre.

Más tarde, por voluntad del Yann, reanudamos nuestro camino y abandonamos Astahahn. Más abajo de la ciudad el río se ensanchaba, y allí encontramos pájaros predadores de peces en mayor número. Tenían un plumaje hermosísimo, y en esta ocasión no salían de la jungla, sino que volaban con los largos cuellos extendidos por delante y las patas colgando en el aire por detrás río arriba, sobre el centro de la corriente.

La tarde comenzó a retroceder. Una espesa bruma blanca había aparecido sobre el río e iba ascendiendo suavemente. Trataba de aferrarse a los árboles con sus largos brazos intangibles, y ascendía cada vez más al tiempo que iba refrescando el aire. Unas blancas siluetas comenzaron a moverse hacia la jungla, como si los fantasmas de marinos muertos hubieran salido sigilosamente en la oscuridad en busca de los espíritus malignos que hace mucho tiempo los habían hecho naufragar en el Yann.

A medida que el sol se iba hundiendo tras los bosques de orquídeas que crecían sobre la enmarañada pendiente de la jungla, los monstruos del río empezaron a salir arrastrándose del limo en que habían estado

reposando durante las horas del calor diurno, y las grandes bestias de la jungla bajaron hasta la orilla a beber. Mientras tanto, las mariposas ya se habían ido a descansar. Sobre los pequeños y estrechos afluentes que dejábamos atrás a nuestro paso, la noche parecía ya haber caído a pesar de que el sol, que había desaparecido de nuestra vista, aún no se había ocultado del todo. Las aves de la jungla pasaban volando de regreso a su hogar, muy por encima de nosotros, mientras los rayos de sol arrancaban un brillo rosáceo de sus cuerpos. Tan pronto como descubrían el Yann, bajaban las alas y se dejaban caer sobre los árboles. Grandes bandadas de silbones pasaban río arriba silbando al unísono para de repente volverse y descender otra vez. Y vimos también la pequeña cerceta en forma de flecha, y oímos los múltiples gritos de las bandadas de ocas que, según los marineros, habían llegado hacía muy poco atravesando la Sierra Lispasiana. Todos los años llegaban siguiendo el mismo rumbo, rozando el pico de Mluna, que dejaban a la izquierda. Las águilas de las montañas conocen su camino, y —según dicen los hombres— todos los años a la misma hora van a acechar su paso tan pronto como la nieve ha empezado a caer sobre las llanuras del norte. Sin embargo, pronto había oscurecido tanto que ya no era posible seguir distinguiendo aquellos pájaros, y llegó un momento en que tan sólo oíamos el sonido del batir de sus alas junto al de otros muchos a lo largo de toda la orilla del río. Era la hora en que salían las aves nocturnas.

Cuando los marineros encendieron los faroles de la noche, aparecieron unas polillas gigantes que revoloteaban alrededor del barco y, por momentos, los faroles revelaban sus alegres colores para luego volver a ser engullidas por la oscuridad absoluta de la noche. De nuevo los marineros se pusieron a rezar y, finalizadas sus oraciones, cenamos, nos quedamos dormidos, y dejamos nuestras vidas al cuidado del timonel.

Al despertar, descubrí que al fin habíamos llegado a la famosa ciudad de Perdóndaris. A nuestra izquierda se alzaba una ciudad hermosa y notable que resultaba aún más grata a nuestros ojos, si cabe,

después de haber pasado tanto tiempo en compañía de la jungla. Echamos anclas junto al mercado, donde fue expuesta toda la mercancía del capitán, y entonces un mercader de Perdóndaris se detuvo a examinarla. El capitán llevaba su cimitarra en la mano y golpeaba con ella iracundo la cubierta haciendo saltar astillas de los blancos tablonés, pues el mercader le había ofrecido un precio por la mercancía que el capitán había considerado un insulto para él y sus dioses, de los que ahora hablaba como dioses grandes y terribles cuyas maldiciones debían ser temidas. El mercader, sin embargo, movía sus gruesas manos mostrando las palmas rosadas al tiempo que juraba que en absoluto pensaba en sí mismo, sino en las pobres gentes que vivían en las chozas a las afueras de la ciudad, a las que deseaba vender su mercancía al precio más bajo posible sin obtener por ellas beneficio alguno para sí.

La mayor parte de la mercancía la integraban gruesas alfombras de *toomarund*, que durante el invierno servían de aislamiento del suelo sin que el viento pudiera arrancarlas, y el *tollub* que las gentes del lugar fumaban en pipas. De modo que el mercader afirmaba que, de ofrecer un solo *piffek* más, los pobres habitantes tendrían que arreglárselas sin sus alfombras de *toomarund* cuando llegara el invierno, además de pasar las tardes sin su *tollub*, o tanto él como su anciano padre habrían de perecer víctimas del hambre.

Entonces el capitán levantó su cimitarra y, llevándosela a la garganta, exclamó que era un hombre arruinado al que no quedaba más opción que la muerte. Mientras el capitán iba levantando cuidadosamente su barba con la mano izquierda, el mercader observaba de nuevo la mercancía diciendo que antes que ver morir a tan valioso capitán, a un hombre al que había tomado tan profundo y especial afecto desde que había contemplado por primera vez el modo en que gobernaba su nave, él y su anciano padre preferían morir juntos de inanición, por lo que estaba dispuesto a ofrecerle quince *piffeks* adicionales.

Tras oír esto, el capitán se postró para rogar a sus dioses que ablandaran el duro corazón de aquel mercader —a sus dioscecillos

menores y humildes, los dioses que bendicen Belzoond.

Entonces el mercader aún añadió cinco *piffeks* más a su oferta. Y el capitán rompió a llorar diciendo que sus dioses lo habían abandonado. El mercader también lloró, afirmando, por su parte, que pensaba en su anciano padre y en el poco tiempo que ambos tardarían en morir. Escondía su rostro lloroso con ambas manos mientras miraba nuevamente por entre sus dedos el *tollub*. Y de este modo concluyeron las negociaciones. El mercader cogió el *toomarund* y el *tollub* entregando a cambio una enorme bolsa tintineante. La mercancía volvió a ser empaquetada en fardos, y tres esclavos del mercader los llevaron sobre sus cabezas hasta la ciudad.

Durante todo el tiempo los marineros habían permanecido en silencio, sentados con las piernas cruzadas en medialuna sobre la cubierta y asistiendo impacientes al transcurso de los tratos. Ahora un murmullo de satisfacción surgió entre ellos, y empezaron a comparar aquel con todos los tratos que habían presenciado hasta entonces. Pude averiguar por medio de ellos que había siete mercaderes en Perdóndaris, y que todos habían ido uno a uno al capitán antes de comenzar las negociaciones para prevenirle en privado contra los demás. El mercader había ofrecido a todos ellos vino de su país, el vino que hacen en la hermosa Belzoond, pero a ninguno había logrado persuadirlo de que lo bebiera.

Ahora que habían acabado los tratos y los marineros se hallaban sentados para disfrutar de la primera comida del día, el capitán apareció con un barril de aquel vino, del que dimos cuenta cuidadosamente y todos disfrutamos con júbilo. El capitán se sentía profundamente feliz al ver tanta admiración y honra en los ojos de sus hombres por el trato que acababa de lograr. Bebiendo el vino de su tierra natal, los marineros no tardaron en dirigir sus pensamientos a la hermosa Belzoond y a las pequeñas ciudades vecinas de Durl y Duz.

En cuanto a mí, el capitán vertió en un vasito alguna clase de licor fuerte de color amarillo de una jarra que él guardaba aparte entre sus

objetos sagrados. Era un vino denso y dulce, que recordaba a la miel a pesar de que su interior albergaba un ardiente y poderoso fuego capaz de apoderarse de las almas de los hombres. Según me explicó el capitán, estaba hecho según la receta magistral secreta de una familia de seis miembros que vivía en una cabaña de las montañas de Hian Min. Una vez, en aquellas montañas —me dijo—, mientras seguía el rastro de un oso, se había encontrado de repente con un hombre perteneciente a aquella familia, que había herido al animal. Se hallaba al final de un estrecho sendero y completamente rodeado de precipicios. Su lanza, clavada en el oso, no había producido una herida mortal, y no disponía de ningún otro arma. El oso iba avanzando hacia el hombre con gran lentitud a causa del dolor que le producía la herida, pero ya se encontraba muy cerca de él. El capitán no me contó qué fue lo que hizo, pero todos los años, desde entonces, tan pronto como la nieve ha cuajado y es fácil viajar hasta Hian Min, el hombre baja al mercado de las llanuras y deja para el capitán a las puertas de la hermosa Belzoond una vasija de ese vino secreto que no tiene precio.

Mientras iba sorbiendo el vino y oía el relato del capitán, me vinieron al recuerdo los nobles y firmes propósitos que hace mucho había adquirido, y mi espíritu pareció volverse más fuerte y poderoso en mi interior hasta ser capaz de dominar por completo la corriente del Yann. Es posible que me quedara dormido. Si no fue así, no me es posible recordar con más detalle lo que hice durante aquella mañana. Hacia la noche, desperté con el deseo de ver Perdóndaris antes de nuestra marcha a la mañana siguiente, y siéndome imposible despertar al capitán, me dirigí solo hasta la orilla.

Ciertamente, Perdóndaris era una ciudad poderosa. La rodeaba una muralla almenada de enorme solidez y altura en la que se habían abierto pasos para las tropas. Poseía quince torres separadas entre sí por una milla de distancia, y unas placas de cobre situadas a una altura que permitía que la leyeran los hombres narraban en todas las lenguas conocidas de aquellas regiones del mundo —cada una de las placas

escrita en una lengua distinta—, la historia de cómo un ejército atacó Perdóndaris alguna vez y la suerte que éste corrió.

Cuando entré en Perdóndaris hallé a todo el mundo danzando, vestido con sedas resplandecientes y tocando el *tambang* mientras bailaban. Una terrible tormenta los había aterrorizado mientras yo dormía, y los fuegos de la muerte, como ellos los llamaban, habían danzado en el cielo de Perdóndaris. Ahora decían que la tormenta había pasado gigantesca, negra y espantosa sobre las montañas lejanas; que se había vuelto hacia ellos rugiendo y mostrando su brillante dentadura y que a su paso había castigado las cumbres hasta hacerlas sonar como si fueran de bronce. Una y otra vez interrumpían sus alegres danzas para loar al dios que no conocían diciendo: «Oh dios que no conocemos, te damos las gracias por haber devuelto la tormenta a sus montañas».

Proseguí mi camino hasta llegar al mercado, y allí, tumbado sobre el suelo de mármol, vi al mercader, profundamente dormido, que respiraba pesadamente con el rostro y las manos vueltos al cielo mientras sus esclavos le abanicaban para espantar a las moscas. Dejando atrás el mercado, encontré un templo de plata seguido de un palacio de ónice donde seguramente se podían hallar múltiples maravillas de Perdóndaris. Me habría quedado a contemplarlas todas y cada una de ellas, pero al llegar a la muralla exterior de la ciudad, de repente vi una enorme puerta de marfil. Durante un momento me detuve a admirarla, pero fue al acercarme cuando descubrí la terrible verdad. ¡La puerta había sido esculpida en una única pieza!

Inmediatamente, me apresuré a salir de la ciudad y corrí hasta el barco, pero incluso mientras corría pensaba que podía oír tras de mí, desde las montañas lejanas, el penoso caminar de la bestia a la que habían despojado de aquella gigantesca pieza de marfil y que tal vez persistiera aún en la búsqueda de su otro colmillo. Cuando al fin alcancé el barco, pude volver a sentirme más seguro, y nada dije a la tripulación acerca de lo que había visto.

El capitán ya se iba despertando poco a poco. La noche iba llegando

del Este y del Norte, y tan sólo los pináculos de las torres de Perdóndaris recibían los últimos rayos del ocaso del sol. Entonces me dirigí al capitán y le referí en voz baja lo que había visto. Inmediatamente me preguntó por la puerta, también bajando la voz para que los marineros no pudieran oírle, y yo respondí que el peso de la pieza tenía que ser tan descomunal que resultaba imposible que hubiera sido transportada desde muy lejos. El capitán, por su parte, estaba seguro de que la puerta no estaba allí un año atrás. Ambos estuvimos de acuerdo en que una bestia de esas dimensiones nunca habría podido morir por el ataque de ningún hombre, y concluimos que la puerta debía de ser un colmillo perdido no muy lejos de allí y en tiempos recientes. Así, pues, el capitán decidió que lo más conveniente era huir de inmediato, y comenzó a dar las órdenes oportunas. Unos marineros se fueron a las velas mientras otros levaban el ancla y la subían a cubierta. Y justo en el momento en que los últimos rayos del sol abandonaban el pináculo de mármol más alto, nosotros dejábamos Perdóndaris, la famosa ciudad.

Cayó al fin la noche y envolvió Perdóndaris con su capa ocultándola a nuestros ojos. Sería la última vez que la viéramos, pues he oído que algo extraordinario y repentino destruyó toda Perdóndaris en un solo día, sus torres, sus murallas y sus gentes.

La noche fue cerrándose sobre el río Yann, una noche toda blanca de estrellas. Y con la noche llegó la canción del timonel. Tan pronto como hubo acabado sus plegarias, comenzó a cantar para reconfortar sus ánimos durante la soledad de la noche. Pero primero rezó, rezó la oración del timonel. Esto es, traducido al inglés con una muy débil equivalencia de aquel ritmo que resultaba tan sonoro en las noches del trópico, cuanto recuerdo de ella.

«A todo aquel dios que me oiga.

Dondequiera que se halle un marino, en los ríos o en el mar; ya su travesía lo lleve por entre la oscuridad o lo obligue a atravesar la tormenta; ya se enfrente a los peligros de las bestias

o las rocas; ya el enemigo lo aceche en tierra o lo persiga en alta mar; ya sea vieja la caña del timón o firme el timonel; dondequiera que los marinos duerman y el timonel vigile: guárdanos, guíanos, y llévanos de regreso a la antigua tierra que nos ha conocido, al lejano hogar que conocemos.

A todos los dioses que existen.

A todo aquel dios que me oiga».

Así rezó el timonel, y luego se hizo el silencio. Los marineros se tumbaron para descansar durante la noche. El silencio se volvió aún más profundo, sólo interrumpido por el murmullo del Yann, que delicadamente acariciaba nuestra proa. Y de vez en cuando también podía oírse algún monstruo del río. Silencio y murmullo del agua, murmullo y silencio otra vez.

Hasta que la soledad se apoderó del timonel y empezó a cantar. Cantó las canciones del mercado de Durl y Duz y las viejas leyendas de dragones de Belzoond. Cantó numerosas canciones que fueron narrando al ancho y exótico Yann las pequeñas historias y anécdotas de Durl, su ciudad natal. Las canciones ascendían sobre la negra jungla y alcanzaban el aire frío y claro, y de este modo también las grandes constelaciones de estrellas que contemplaban el Yann conocieron los asuntos de Durl y Duz, y supieron de los pastores que habitan los campos que se extienden entre una y otra, de sus rebaños, de sus amores y de todas las pequeñas cosas que soñaban hacer. Envuelto en pieles y mantas, mientras escuchaba aquellas canciones y observaba las formas fantásticas de los enormes árboles que semejaban gigantes negros que acecharan la noche, repentinamente me quedé dormido.

Al despertar, una densa niebla se arrastraba por el Yann. La corriente del río se iba haciendo revuelta y tumultuosa y de vez en cuando unas pequeñas olas aparecían. El Yann presentía desde lejos las antiguas peñas de Glorm, y sabía que le aguardaban sus fríos barrancos, donde se encontraría con la alegre y silvestre Irillión regocijándose en los campos

nevados. Por eso el Yann se sacudía la somnolencia letárgica de la cálida y embriagadora jungla y se olvidaba de sus orquídeas y mariposas para desatar su turbulencia intensa y expectante. Pronto las cumbres nevadas de Glorm aparecieron resplandeciendo ante su vista. Ya también los marineros despertaban de su sueño. Comimos, y el timonel se tumbó para dormir tan pronto como un camarada fue a ocupar su puesto. Todos lo cubrimos con nuestras mejores pieles.

Poco después oíamos el sonido que produce la danzarina Irillión al descender por los campos nevados. Y entonces vimos el barranco de Glorm, que se abría mansamente ante nosotros mientras los brincos del Yann nos llevaban a él. Abandonábamos la vaporosa jungla y respirábamos ya el aire de la montaña. Los marineros, en pie, aspiraban grandes bocanadas mientras pensaban en sus lejanas montañas Acroctianas, sobre las que se asentaban las ciudades de Durl y Duz. Bajo ellas, en las llanuras, se levantaba la hermosa Belzoond.

Una gran negrura rodeaba las montañas de Glorm, pero los picos resplandecían sobre nosotros como lunas torcidas que casi llegaban a iluminar la oscuridad. El canto de Irillión fue haciéndose cada vez más intenso, así como el sonido de su danza por los campos nevados. Pronto pudimos verla, blanca y envuelta en la bruma, coronada por delicados y pequeños arco iris que ella misma había arrancado en los alrededores de la cumbre de la montaña de alguno de los jardines celestiales del Sol. A partir de allí, proseguía su curso hacia el mar en compañía del Yann, gris y gigantesco. El valle entonces se ensanchaba abriéndose al mundo, y nuestra agitada embarcación salía a la luz diurna otra vez.

Nos llevó toda la mañana y también la tarde atravesar la zona pantanosa de Pondooverly. El Yann se ensanchaba allí y comenzaba a fluir con lentitud y solemnidad, y el capitán ordenó a los marineros que hicieran sonar sus campanillas para vencer la desolación del lugar.

Al fin, los montes Irusianos aparecieron ante nuestra vista velando por las ciudades de Pen-Kai y Blut, así como por las calles errabundas de Mío, donde los sacerdotes propician la avalancha ofreciendo vino y

maíz. La noche cayó sobre los llanos de Tlun, y entonces pudimos ver la luces de Cappadarnia. Al dejar atrás Imaut y Golzunda oímos a los pathnitas golpeando sus tambores, y ya todos dormían a excepción del timonel. Las ciudades esparcidas a orillas del Yann estuvieron oyendo durante toda la noche en su iengua para ellos desconocida las cancioncillas de unas ciudades de las que no habían sabido jamás.

Desperté antes del amanecer con la sensación de estar triste antes de poder recordar siquiera por qué. Luego me vino a la memoria que durante la tarde del día que estaba a punto de llegar, según todas las previsiones, llegaríamos a Bar-Wul-Yann, y allí tendría que despedirme del capitán y su tripulación. Le había tomado afecto a aquel hombre por haberme ofrecido aquel vino amarillo que guardaba entre sus objetos sagrados, así como por las numerosas historias que me había referido acerca de su hermosa Belzoond, que se halla entre los montes Acroctianos y el Hian Min. Me habían gustado las costumbres de sus marineros y las oraciones que rezaban cada tarde todos juntos, sin mostrar ninguno de ellos rencor hacia los dioses extranjeros de los otros. Me había gustado también la ternura con que a menudo hablaban de Durl y Duz, pues es hermoso que los hombres amen las ciudades que los vieron nacer y las pequeñas colinas sobre las que se asientan esas ciudades.

Había llegado a saber quiénes les aguardarían a su regreso y también dónde pensaban que esos encuentros se producirían: algunos en el valle de los montes Acroctianos, adonde lleva el camino del Yann; otros a las puertas de alguna de las tres ciudades; y otros junto al fuego del hogar de sus casas. Pensé en el peligro que a todos nos había amenazado a las afueras de Perdóndaris, un peligro que, tal como han demostrado los acontecimientos, era muy real. Y pensé también en el alegre canto del timonel en la noche fría y solitaria, y en cómo sus manos vigilantes habían protegido nuestras vidas.

Mientras pensaba en todo esto el timonel dejó de cantar, y entonces levanté la vista y descubrí que una pálida luz había aparecido en el cielo

y que la noche solitaria se había marchado. El alba fue abriéndose, y los marineros despertaron de su sueño.

Pronto vimos que la marea del Mar avanzaba decidida por el Yann. El Yann saltaba ágilmente, y ambos, durante un instante, luchaban. Luego el Yann y todo cuanto le pertenecía eran empujados hacia el norte, por lo que los marineros no tenían más remedio que izar velas. A pesar de ello, siéndonos el viento favorable, logramos de este modo seguir avanzando río abajo. Dejamos atrás Góndara, Narl y Haz. Vimos la memorable y santa Golnuz, y oímos los rezos de los peregrinos.

Cuando nos despertamos tras el descanso de mediodía, casi estábamos llegando a Nen, la última de las ciudades a orillas del río Yann. La jungla nos rodeaba de nuevo, igual que rodeaba Nen, pero la gran cadena montañosa de Mloon lo dominaba todo a su alrededor y vigilaba la ciudad por encima de la jungla. Allí echamos el ancla, y el capitán y yo subimos hasta la ciudad de Nen y descubrimos que los Vagabundos habían llegado.

La de los Vagabundos era una tribu extraña y oscura que una vez cada siete años bajaba de las montañas de Mloon atravesando un paso que entre ellos es conocido por la tierra fantástica que se encuentra al otro lado. Todo el pueblo de Nen había salido de sus casas y contemplaba asombrado sus propias calles, pues los hombres y mujeres de la tribu de los Vagabundos atestaban todos los caminos, cada uno de ellos haciendo algo extraño. Algunos bailaban danzas asombrosas que habían aprendido del viento del desierto, doblándose y describiendo rápidas espirales que la vista no era capaz de seguir. Otros tocaban con sus instrumentos melodías hermosamente tristes y doloridas aprendidas de las almas perdidas en la noche del desierto, aquel extraño desierto remoto del que los Vagabundos venían.

Ninguno de sus instrumentos era comparable con los que se conocían en Nen y en toda la región del Yann. Incluso los cuernos de los que estaban hechos algunos pertenecían a unas bestias que nadie había visto jamás en la cuenca del río, pues mostraban espinas en las puntas. Y

cantaban, en una lengua de nadie, unas canciones semejantes a los misterios de la noche y al miedo irracional que habita en los lugares oscuros.

Todos los perros de Nen mostraban manifiestamente su recelo hacia ellos. Los Vagabundos se contaban historias de terror unos a otros, pues aunque no había nadie en Nen que fuera capaz de descifrar su lenguaje, podían ver, sin embargo, el miedo en los rostros de los que las escuchaban y cómo, a medida que el relato iba hiriendo el blanco de sus ojos, éstos mostraban un vivido terror parecido al del animalillo que ha sido capturado por un halcón. Entonces el narrador de la historia se detenía y sonreía, y era otro el que empezaba a contarla otra vez, y el que había contado la primera empezaba a temblar de miedo. Si, por casualidad, alguna serpiente de veneno mortal aparecía, los Vagabundos la saludaban como a hermana suya, y entonces la serpiente, a su vez, parecía saludarlos al pasar ante ellos. En una ocasión, la más feroz y letal de todas las serpientes del trópico, la *lythra* gigante, había surgido de la jungla y recorrido toda la calle principal de Nen. Sin embargo, ninguno de los Vagabundos se apartó de ella, sino que todos hicieron sonar sus tambores, como si se tratara del paso de una persona de gran importancia y honor. La serpiente pasó por entre el grupo de Vagabundos sin atacar a ninguno.

Incluso los niños de la tribu de los Vagabundos saben hacer las cosas más extrañas. Cada vez que uno de ellos se encuentra con un niño de Nen, ambos se quedan mirándose fijamente en silencio, con sus grandes ojos graves, hasta que el niño de los Vagabundos saca lentamente de su turbante un pez vivo o una serpiente. Los niños de Nen no saben hacer nada parecido.

Mucho habría deseado quedarme para oír el himno con el que saludan a la noche y que es respondido por los lobos en las altas cumbres de Mloon, pero ya era hora de levar anclas de nuevo para que el capitán pudiera regresar de Bar-Wul-Yann con la marea alta. De manera que subimos a bordo y proseguimos nuestra travesía Yann abajo. El

capitán y yo conversamos poco esta vez, pues ambos pensábamos ya en la despedida, que sería por mucho tiempo, y en lugar de hablar contemplábamos el esplendor del ocaso. El sol mostraba un rubicundo color dorado, pero una débil neblina que iba descendiendo cubría la jungla y dejaba caer sobre ella el humo de las pequeñas ciudades que, al encontrarse en la niebla y convertirse en una sola nube color púrpura, era encendido por los rayos de sol igual que los pensamientos de los hombres se hacen más elevados al detenerse en cosas grandes y sagradas. A veces, de alguna casa solitaria, una columna se alzaba por encima del humo de las ciudades y resplandecía al sol.

Cuando ya los últimos rayos eran casi totalmente horizontales, divisamos al fin aquello que yo había ido a ver, pues desde dos montes que se erguían uno a cada orilla dos rocas de mármol rosa penetraban en el río destellando a la luz del ocaso. Su superficie era bastante regular, su altura era propia de montañas, y ambas casi llegaban a encontrarse mientras el Yann corría con ímpetu entre ambas y hallaba el mar.

Era Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann, y desde la distancia, a través del hueco en la inmensa barrera, vi el indescriptible azul celeste del mar, donde resplandecían unos pequeños botes de pescadores.

El sol se puso, pasó el efímero crepúsculo y con él desapareció la exultante gloria de Bar-Wul-Yann, si bien las rocas rosáceas seguían aún brillando, del mármol más hermoso que la vista haya contemplado jamás incluso en aquella tierra de maravillas. Pronto el crepúsculo cedió su lugar a las estrellas que empezaban a salir, y los colores de Bar-Wul-Yann se desvanecieron. La visión de aquellas rocas fue para mí como una especie de acorde musical que la mano de un maestro hubiera arrancado de un violín para transportar al Cielo o al País de las Hadas los temblorosos espíritus de los hombres.

El barco echó el ancla junto a la orilla y ya no avanzó más, pues aquéllos eran marineros de río y no de mar, que conocían el Yann a la perfección, pero no las mareas.

Había llegado la hora en que el capitán y yo debíamos despedirnos.

Él regresaría de nuevo a su hermosa Belzoond, la ciudad que contempla las cumbres distantes de Hian Min, y yo tendría que hallar mi camino para regresar por extraños medios a esos campos de bruma que conocen todos los poetas; allí donde hallamos esas pequeñas y misteriosas cabañas a través de cuyas ventanas, al mirar al oeste, podemos ver los campos de los hombres y, al mirar al este, las delicadas y relucientes montañas, coronadas por picos nevados, que se extienden hasta la región del Mito y, más allá, hasta el reino de la Fantasía, que pertenece al País de los Sueños.

Ambos nos estrechamos la mano —él con bastante rudeza, pues no es el saludo acostumbrado en su país— y, como despedida, encomendó mi alma al cuidado de sus dioses, de sus diosecillos menores y humildes, los dioses que bendicen Belzoond.

UNA TIENDA EN GO-BY STREET

DIJE que tenía que regresar al Yann para comprobar si el *Pájaro del río* seguía aún recorriéndolo arriba y abajo y si su barbado capitán aún lo comandaba o había preferido quedarse sentado junto a las puertas de la hermosa Belzoond y pasar allí las tardes bebiendo el extraordinario vino amarillo que el montañés le llevaba desde Hian Min. Deseaba ver de nuevo a aquellos marineros oriundos de Durl y Duz y escuchar de sus labios la suerte corrida por Perdóndaris cuando la fatalidad llegó sin previo aviso de las montañas y cayó sobre la famosa ciudad. Deseaba oír los rezos nocturnos de los marineros, cada uno a su propio dios, y sentir el viento frío de la tarde levantarse a la hora en la que el sol llameante abandona el exótico río. Había creído que jamás volvería a ver las mareas del Yann, pero, al apartarme no hace mucho de la política, las alas de mi imaginación volvieron a fortalecerse a pesar de haber languidecido tanto, y entonces volví a concebir esperanzas de regresar de nuevo al Este, donde se halla el País de los Sueños que, como un soberbio corcel blanco, atraviesa el Yann.

Sin embargo, había olvidado el camino que conducía hasta esas pequeñas cabañas al borde de los campos conocidos cuyas ventanas superiores, aunque enturbiadas por viejas telarañas, dan a la tierra de lo desconocido y son el punto de partida de toda aventura en el país de los sueños.

Así, pues, tuve que hacer averiguaciones, y ellas me llevaron hasta la

tienda de un soñador que vive en la City, no lejos del Embankment. Entre tantas calles como recorren la ciudad, no tiene nada de extraño que exista una que jamás hayamos visto antes. El nombre de esa calle es Goby Street y, si nos fijamos bien, podemos verla salir del Strand.

Al entrar en la tienda nunca debemos abordar directamente la cuestión, sino interesarnos por algún artículo que deseemos comprar. Pero, si se trata de alguno que él pueda proporcionarnos, se limitará a despacharnos y desearnos un buen día. Éstas son sus maneras. Y son muchos los que se han sentido decepcionados alguna vez al preguntar por los artículos más inverosímiles —como, por ejemplo, la concha de la que fue arrancada alguna de las perlas singulares que adornan las puertas del Cielo en las Revelaciones—, y recibir por respuesta del anciano que, efectivamente, los tenía en existencias.

Dentro encontré al anciano adormilado. Sus pesados párpados le cubrían los ojos casi por completo. Estaba sentado y tenía la boca abierta.

«Busco un poco de agua del Abama y el Pharpah, ríos de Damasco», le dije.

«¿Cuánta?», preguntó.

«Dos yardas y media de cada uno, para ser entregadas a domicilio».

«Eso es una contrariedad», musitó, «una contrariedad». «No tenemos esa cantidad en existencias».

«Entonces me llevaré toda la que tenga», respondí.

Se levantó trabajosamente y buscó entre varias botellas. Vi una en la que podía leerse la etiqueta «Nilos, río de Aegyptos», y también otras como «Ganges Sagrado», «Phlegethón», «Jordán». Casi estaba llegando a temer que en efecto pudiera tenerla cuando le oí musitar otra vez: «esto es una contrariedad». Y poco después: «se nos has acabado».

«Entonces», proseguí, «deseo que me indique el camino hasta las pequeñas cabañas desde cuyas ventanas más altas los poetas se asoman a la tierra de lo desconocido, pues querría ir al País de los Sueños y navegar otra vez las aguas de ese poderoso río, semejante al mar,

llamado Yann».

Al oír esto empezó a caminar pesada y lentamente con sus gastadas zapatillas de alfombra y, sin dejar de jadear, se dirigió hasta la parte trasera de la tienda. Yo le seguí. Era un sucio trastero repleto de ídolos; el extremo más próximo a la entrada estaba sucio y oscuro, pero en el extremo más alejado podía verse un resplandor azul cerúleo sobre el que parecían brillar las estrellas y donde las cabezas de los ídolos relucían.

«Esto», dijo el grueso anciano calzado con zapatillas de alfombra, «es el Cielo de los Dioses Que Duermen».

Le pregunté entonces cuáles eran los dioses que dormían, y él enumeró algunos nombres que yo no había oído jamás junto a otros que sí me eran conocidos.

«Todos esos dioses en los que ya nadie cree», añadió, «están ahora dormidos».

«En ese caso, ¿el Tiempo no mata a los dioses?», le pregunté.

«No», respondió. «Durante tres o cuatro mil años un dios es adorado, y luego duerme durante otros tres o cuatro milenios. Sólo el Tiempo permanece siempre despierto».

«Pero éstos que nos hablan de nuevos dioses...», le dije, «¿acaso no hay dioses nuevos?».

«Oyen a los viejos que comienzan a agitarse en sueños cuando están a punto de despertar, pues comienza a romper el alba y cantan los sacerdotes. Ésos son los profetas felices. Los infelices son los que oyen a algún viejo dios que les habla en sueños cuando aún se halla profundamente dormido, y profetizan una y otra vez un amanecer que no llega. Son éstos los profetas a los que los hombres lapidan diciéndoles: «Profetiza ahora dónde te golpeará esta piedra, y esta otra...».

«Entonces el Tiempo jamás podrá matar a los dioses», concluí.

Y él respondió: «Los dioses morirán junto al lecho de muerte del último hombre. Cuando llegue ese momento, el Tiempo enloquecerá de soledad, y ya no será capaz de distinguir las horas de los siglos y los años, que a su alrededor comenzarán a gritar exigiendo que los

reconozca. Entonces posará afligido las manos sobre sus cabezas, los mirará con ojos ciegos, y les dirá: “hijos míos, ya no sé distingueros entre vosotros”. Y con estas palabras del Tiempo los universos vacíos se tambalearán».

Durante algún rato permanecí en silencio, pues mi imaginación había viajado hasta esas edades remotas, y desde allí se había vuelto para burlarse de mí por ser criatura de un día.

De repente, advertí por la pesada respiración del anciano que se había quedado dormido. Aquélla no era una tienda cualquiera. Temía que alguno de sus dioses pudiera despertarse y requerir su presencia; temía muchas cosas, pues todo estaba oscuro y había un par de ídolos de aspecto más que grotesco. Finalmente, decidí zarandear al anciano con fuerza cogiéndolo de un brazo.

«Dime cómo se va a las cabañas que se hallan en la frontera del mundo conocido», le dije.

«No creo que podamos hacer eso», respondió.

«Entonces», exigí, «sírvenme los artículos que te he pedido».

Esto pareció hacerle entrar en razón.

«Has de salir por la puerta trasera y después torcer a la derecha», me dijo mientras abría una portezuela vieja y oscura que había en la pared. Tan pronto como la hube franqueado, el viejo resopló y la cerró tras de mí.

La trastienda era de una antigüedad increíble. En antiguos caracteres grabados sobre un tablero leí: «Con licencia para vender comadreja y pendientes de jade». El sol se estaba ocultando y brillaba sobre las pequeñas agujas doradas que resplandecían a lo largo de todo el tejado, que durante mucho tiempo había estado cubierto de una hermosísima paja. Desde allí pude ver que toda Go-by Street poseía la misma extraña apariencia cuando era contemplada desde atrás. La acera era idéntica a aquéllas de las que estaba tan cansado y que recorren miles de millas al otro lado de aquellas casas. Pero adornaba la calle una hierba inmaculada, como si no hubiera sido hollada jamás, con flores tan

maravillosas que atraían desde las alturas bandadas enteras de mariposas que pasaban en viaje migratorio hacia un destino que ignoro. Al otro lado de la calle volvía a haber acera, pero no edificios de ninguna especie. Sin embargo, no me detuve a averiguar lo que había en su lugar, sino que giré a la derecha y proseguí por la trasera de Go-by Street hasta salir a campo abierto y encontrar al fin los jardines de las cabañas que iba buscando. En ellos se veían enormes flores que, gigantescas y radiantes, ascendían como lentos cohetes y estallaban en pétalos morados encaramadas sobre sus tallos de hasta seis pies de altura mientras cantaban en voz baja unas extrañas canciones. Entonces una bruja muy vieja salió de su casa por la puerta trasera y fue hasta el jardín donde yo me hallaba.

«¿Qué flores son éstas tan maravillosas?», le pregunté.

«¡Silencio! ¡Silencio!», dijo ella. «Estoy durmiendo a los poetas, y estas flores son sus sueños».

Y en voz más baja esta vez, añadí: «¿Y qué maravillosa canción es la que cantan?».

«Calla y escucha», dijo ella por toda respuesta.

Y al escuchar, descubrí que su canción estaba hablando de mi propia infancia y de cosas que habían ocurrido tanto tiempo atrás que casi las había olvidado por completo hasta oír aquella maravillosa canción.

«¿Por qué la canción es tan débil?», pregunté a la bruja.

«Son voces muertas», contestó. «Voces muertas». Y repitiendo «voces muertas» en voz muy baja —por temor a despertar a los poetas—, regresó a su casa.

«Duermen tan mal durante toda su vida...», la oí decir.

Subí las escaleras de puntillas hasta llegar a la pequeña habitación desde cuyas ventanas, cuando miramos en una dirección, vemos la tierra de lo conocido y, en la otra, divisamos aquellas otras tierras mágicas que yo buscaba casi temiendo ya no encontrar jamás. Inmediatamente miré hacia las montañas del País de las Hadas; el arbol del ocaso las incendiaba, los aludes resplandecían sobre sus laderas violáceas en su

imponente descenso desde las cumbres heladas de color esmeralda, y allí estaba el antiguo desfiladero excavado en el gris azulado de la montaña sobre el precipicio de amatista desde donde se puede avistar el País de los Sueños.

Reinaba una quietud absoluta en la habitación donde dormían los poetas cuando entré en ella procurando no hacer ruido. La vieja bruja estaba sentada junto a una mesa sobre la cual se veía una lámpara, y allí tejía una espléndida capa oro y verde para un rey muerto mil años atrás.

«¿Acaso puede ser de alguna utilidad a un rey muerto que te sientes a tejer para él una capa oro y verde?», le pregunté.

«¿Quién sabe?», respondió ella.

«Qué pregunta tan estúpida», añadió su viejo gato negro, que yacía enroscado junto al fuego tembloroso.

Ya las estrellas brillaban sobre aquella tierra fantástica cuando cerré la puerta de la casa de la bruja; y las luciérnagas montaban su guardia nocturna alrededor de aquellas mágicas cabañas. Entonces me dirigí, avanzando con dificultad, hacia el desfiladero que atravesaba la montaña gris azulada.

Cuando llegué, el precipicio de amatista ya había comenzado a colorearse a pesar de que aún no había amanecido. Oía un ruido y de vez en cuando vislumbraba algún resplandor proveniente de aquellos dragones de oro que muy lejos, a mis pies, hacían gala de la gloria de los orfebres de Sirdoo y habían cobrado vida mediante los conjuros rituales del hechicero Amargarn. Al filo del precipicio opuesto, y demasiado cerca del mismo, pensé que allí construido por seguridad, contemplé el palacio de marfil de Singanee, el poderoso cazador de elefantes. En las ventanas podían verse pequeñas lucecitas, y los esclavos, que ya estaban despiertos, aún con los párpados pesados por el sueño iniciaban los trabajos del día.

Un rayo de sol coronó el mundo. Y otros mejor que yo describirían cómo iba barriendo de la montaña de amatista la sombra de la cumbre negra que se erguía frente a ella, cómo un solo rayo de luz hendía leguas

enteras de amatista, y cómo el color, lleno de alegría, brincaba para dar la bienvenida a la luz y devolver un resplandor púrpura a los muros del palacio de marfil. Entretanto, allí abajo, en aquel precipicio formidable, los dragones de oro jugueteaban todavía en medio de la oscuridad. Y justo en ese momento, de una de las puertas del palacio salió una esclava y lanzó al precipicio una cesta repleta de zafiros.

Cuando el día hizo al fin pleno acto de presencia en aquellas alturas extraordinarias y los destellos del precipicio de amatista llenaron el abismo, el cazador de elefantes se levantó en su palacio de marfil y, tomando su terrible lanza y saliendo por una puerta trasera, partió para ir a vengar la ciudad de Perdóndaris.

Entonces volví la vista al País de los Sueños, y la delgada bruma blanca que jamás desaparece por completo se iba desplazando a lo largo de la mañana. Alzándose como islas por encima de ella veía las montañas de Hap y la ciudad de cobre, la vieja y desierta Bethmoora, y también Utnar Vehi, Kyph y Mandaroon, así como las leguas de camino errante del Yann. Adivinaba más que veía el Hian Min, cuyas cumbres ancianas e imperturbables apenas si consideraban como meros montículos a los vecinos montes Acroctianos, que se amontonaban a sus pies dando cobijo, tal y como recordaba, a las ciudades de Durl y Duz. Con mayor claridad, sin embargo, podía distinguir el antiguo bosque por el que, bajando hasta la ribera del Yann, según la profecía, con la luna vieja podríamos encontrar atracado el *Pájaro del río*, que allí aguarda durante tres días a lo viajeros.

Pues era aquélla la estación propicia, me apresuré a cruzar a través del desfiladero en la montaña gris azulada siguiendo un camino angosto de los tiempos de la leyenda, y así logré llegar hasta las lindes mismas del bosque. A pesar de la negrura de aquel bosque antiguo, las bestias que lo habitaban eran más negras aún. Sólo muy raras veces los soñadores que atraviesan el País de los Sueños son capturados por alguna de ellas, pero, aun así, decidí correr; pues si el espíritu de un hombre queda atrapado en el País de los Sueños, su cuerpo puede

sobrevivido durante muchos años y llegar a conocer a esas bestias a la perfección, la mirada de sus pequeños ojos, el olor de su aliento. Es por ello que los senderos del campo de recreo de Hanwell son transitados sin descanso.

Así alcancé, finalmente, la corriente soberbia y poderosa como el mar del Yann, con el que jugueteaban y cantaban aguas provenientes de tierras increíbles. Cantando, el Yann transportaba, arrastrándolos con toda su fuerza, leños a la deriva y árboles derribados en bosques remotos que nunca nadie ha visitado; pero ni el menor rastro hallé en el río ni en el viejo fondeadero cercano del barco que había ido a buscar.

Me construí una cabaña cuyo tejado cubrí con las enormes y abundantes hojas de la maleza exuberante, comí la carne del fruto del árbol *targar*, y allí estuve aguardándolo tres días. Durante todo el día se escuchaba el correr estrepitoso del río, y durante la noche entera el pájaro *tolulu* cantaba sin cesar y las enormes luciérnagas no tenían más cuidado que ir dejando tras de sí torrentes de destellos danzarines. Nada alteraba durante el día la superficie del Yann y nada interrumpía al pájaro *tolulu* en toda la noche. No sé bien qué temía que hubiera sido de aquel barco, de su amable capitán que venía de la hermosa Belzoond y sus alegres marineros de Durl y Duz. Pero me pasaba el día entero aguardándolo impaciente junto al río y las noches atento a cualquier sonido hasta que las danzarinas luciérnagas acababan por hipnotizarme con sus movimientos.

Sólo tres veces en aquellas tres noches el pájaro *tolulu* se asustó y dejó de cantar, y por tres veces yo desperté sobresaltado y no hallé barco alguno, y descubrí que era tan sólo el amanecer lo que lo había asustado. Aquellos indescriptibles amaneceres a orillas del Yann surgían como llamaradas que nacieran de algún lugar de las montañas donde un mago, mediante algún procedimiento secreto, quemara enormes amatistas en una olla de cobre. Yo solía contemplarlas extasiado mientras ni un solo pájaro se oía y, de repente, el sol se asomaba por detrás de una colina y todas las aves, menos una, comenzaban a cantar a la vez. Era la hora en

que el pájaro *tolulu* se quedaba profundamente dormido hasta que, al abrir un solo ojo, pudiera contemplar de nuevo las estrellas.

Hubiera seguido allí aguardándolo muchos días más, pero al tercero, la soledad hizo que me dirigiera hasta el sitio donde la primera vez había hallado anclado *Pájaro del río* con su barbado capitán sentado en la cubierta. Mientras contemplaba el negro lodo del fondeadero y recreaba mentalmente a aquella tripulación a la que no había visto en dos años, distinguí un viejo casco que asomaba. El paso de siglos parecía en parte haber podrido y en parte enterrado en el cieno toda la embarcación a excepción de la proa, y en ella se podía ver un nombre borroso. Muy lentamente, lo leí: *Pájaro del río*. Entonces comprendí que, mientras en Irlanda y en Londres para mí apenas si habían pasado dos años, en la tierra del Yann habían transcurrido siglos enteros que acabaron hundiendo y pudriendo aquel barco que una vez me fue tan familiar. Hacía años que yacían enterrados los huesos de mis amigos más jóvenes, aquéllos que solían cantarme las canciones de Durl y Duz o narrarme las leyendas de los dragones de Belzoond. Pues más allá del mundo conocido ruge el huracán de los siglos, cuyo eco sólo conmueve nuestro mundo mientras fuera todo permanece en calma.

Me detuve un momento junto a aquel casco en ruinas y pronuncié una oración dirigida a cualesquiera que fuesen los dioses inmortales de aquéllos que ya nunca volverían a navegar por el Yann; recé por ellos a los mismos dioses a los que ellos solían rezarles, a los pequeños dioses menores y humildes que bendicen la hermosa Belzoond. Luego, abandonando a la voracidad del tiempo la cabaña que había construido, di la espalda al Yann y me interné en el bosque al atardecer, justo a la hora en que las orquídeas desplegaban sus pétalos para perfumar la noche. Aquel mismo día atravesé el abismo de amatista por el desfiladero abierto en la montaña gris azulada. Me preguntaba si Singanee, el poderoso cazador de elefantes, ya habría regresado con su lanza al magnífico palacio de marfil o si tal vez habría corrido la misma suerte que Perdóndaris. Al pasar junto al palacio vi a un mercader que

delante de una puerta trasera vendía zafiros. Seguí mi camino, y con el crepúsculo, llegué hasta las casas desde donde las montañas mágicas quedan a la vista de nuestro mundo conocido. Fui en busca de la vieja bruja que había visto la última vez, y la hallé sentada en su salón, con un chal de color rojo sobre los hombros, mientras seguía tejiendo la capa dorada. Débilmente, a través de una de las ventanas, se podía distinguir el resplandor de las montañas, mientras que a través de otra podía volver a ver la tierra de lo conocido.

«Cuéntame algo», pedí a la bruja, «acerca de esta tierra extraña».

«¿Cuánto sabes tú?», respondió ella. «¿Acaso sabes que los sueños son simple ilusión?».

«Por supuesto», contesté. «Todo el mundo lo sabe».

«Oh, no todo el mundo», dijo. «Los locos, no».

«Cierto», asentí.

«¿Y sabes también que la vida es otra simple ilusión?», añadió la bruja.

«Por supuesto que no», respondí. «La vida es real, la vida es verdadera...».

Al escuchar mis últimas palabras, tanto la bruja como su gato (que no se había movido del lugar que ocupaba junto a la chimenea), rompieron a reír. Permanecí allí algún tiempo más, pues había muchas cosas que aún deseaba preguntarle, pero cuando definitivamente comprendí que sus carcajadas no acabarían, me di la vuelta y me fui.

EL VENGADOR DE PERDÓNDARIS

No hace muchos días, a mi regreso del Yann, remaba por el Támesis dejándome llevar hacia el Este por la marea baja del Westminster Bridge, cerca del cual había alquilado mi bote. En el agua me rodeaban toda clase de cosas, como palos a la deriva y otros botes, y yo observaba tan absorto el tráfico del gran río que ni siquiera advertí que había llegado a la City hasta que levanté la vista y me encontré con el tramo del Embankment que se halla más próximo a Go-by Street.

Entonces, de repente, me pregunté qué habría sido de Singanee, pues la última vez que pasé junto a su palacio de marfil reinaba en él una quietud que me había llevado a pensar que aún no habría regresado. Aunque había visto salir con su terrible lanza al formidable cazador de elefantes, su aventura, sin duda alguna, estaba llena de peligros, pues yo sabía que no era otra que la de vengar Perdóndaris dando muerte a aquel monstruo con el mismo colmillo que un día le arrebataran. De modo que amarré mi bote tan rápidamente como pude a unos escalones, desembarqué, dejé el Embankment, y al llegar a la tercera calle comencé a buscar la entrada a Go-by Street. Era ésta muy estrecha, tanto que al principio apenas si resultaba perceptible, pero en cambio allí estaba, y no tardé en encontrarme en la tienda del anciano.

Sin embargo, esta vez hallé a un joven ante el mostrador. No podía darme razón alguna acerca del viejo tendero. El solo se bastaba. En cuanto a la vieja portezuela situada en la trastienda, «no sabemos nada

sobre eso, señor», fue todo cuanto me dijo. De modo que no tuve más remedio que ofrecerle conversación y seguirle la corriente.

Tenía a la venta, sobre el mostrador, un instrumento que servía para coger un terrón de azúcar de un modo distinto. Pareció satisfecho cuando le presté atención y empecé a ponderarlo. Le pregunté cuál era su utilidad. Él respondió que ninguna, pero que acababa de ser inventado la semana anterior, era completamente nuevo, estaba hecho de plata legítima y se había vendido muchísimo. Durante todo el tiempo yo no dejaba de desviar la conversación hacia la trastienda.

Cuando le pregunté por los ídolos, me contestó que eran una de las novedades de la temporada y constituían una variada selección de mascotas. Y mientras fingía escoger uno, de repente, vi aquella vieja puerta maravillosa. Me apresuré a atravesarla, y el joven tendero me siguió. Nadie podría haber mostrado mayor sorpresa que él al contemplar la calle cubierta de césped y flores moradas. Con su levita echó a correr hacia la otra acera y consiguió detenerse justo a tiempo, pues allí mismo terminaba el mundo. Al mirar hacia abajo desde el borde, en lugar de las acostumbradas ventanas de las cocinas, pudo ver nubes blancas y el cielo ancho y azul. Pálido y como si le faltara el aire, le conduje hasta la vieja portezuela trasera de la tienda, lo empujé suavemente y, sin oponer ninguna resistencia, volvió a entrar. Pensé que el aire del lado de la calle que él conocía le sentaría mucho mejor.

Tan pronto como se hubo cerrado la puerta tras aquel hombre aún incapaz de salir de su asombro, giré a la derecha y recorrí la calle hasta ver los jardines y las casas, así como una pequeña mancha de color rojo en un jardín en la que reconocí a la vieja bruja con su chal.

«¿Has vuelto en busca de un cambio de ilusiones?», me dijo.

«Vengo de Londres», respondí. «Y deseo ver a Singanee. Quiero ir hasta su palacio de marfil, allá arriba en las montañas mágicas, sobre el precipicio de amatista».

«No hay nada como un cambio de ilusiones», dijo ella, «de lo contrario acabamos aburriéndonos». «Londres es un buen sitio, pero

siempre queremos ver las montañas mágicas de vez en cuando».

«Entonces, ¿conoces Londres?», le pregunté.

«Por supuesto», respondió ella. «Puedo soñar igual que tú. No eres la única persona en el mundo capaz de soñar Londres».

Los hombres trabajaban afanosamente en su jardín; era la hora más cálida del día, y estaban cavando a golpe de pala. De repente, la bruja se volvió para golpear en la espalda a uno de ellos con una larga vara negra que llevaba en la mano.

«Incluso mis poetas van a Londres a veces», me dijo.

«¿Por qué golpeas a ese hombre?», le pregunté.

«Para hacer que trabaje», respondió.

«Pero está cansado», le dije.

«Por supuesto», contestó la bruja.

Entonces miré y vi que la tierra era árida y dura, y que cada palada que aquellos hombres exhaustos alzaban estaba repleta de perlas. Sin embargo, observé que había otros que, sentados en silencio, observaban las mariposas que revoloteaban por el jardín, y a éstos la bruja no los golpeaba con su vara. Cuando le pregunté quiénes eran los que cavaban, la bruja respondió:

«Son mis poetas, y cavan en busca de perlas».

Y al preguntarle a quién iban destinadas tantas perlas:

«Son para alimentar a los cerdos, por supuesto», me respondió.

«¿Pero a los cerdos les gustan las perlas?», le dije.

«Por supuesto que no».

Habría tratado de profundizar aún más en la cuestión de no ser porque el viejo gato negro de la bruja acababa de salir de una de las casas y me miraba burlonamente sin decir nada, lo que me hizo comprender que estaba haciendo preguntas estúpidas. En lugar de eso, entonces pregunté por qué algunos de los poetas se mostraban indolentes y podían contemplar las mariposas sin ser castigados. La bruja contestó:

«Las mariposas conocen los lugares donde hay perlas escondidas, y ellos aguardan a que alguna se pose sobre el tesoro enterrado. No pueden

cavar hasta saber dónde hacerlo».

De repente, un fauno salió de una espesura de rododendros y comenzó a bailar sobre un disco de bronce en el que había una fuente. El sonido de sus dos pezuñas bailando sobre el bronce era tan melodioso como el de unas campanas.

«La campana del té», dijo la bruja. Y entonces todos los poetas arrojaron sus palas y la siguieron hasta la casa. Fui tras ellos, pero tanto la bruja como todos los demás seguíamos en realidad al gato negro, que arqueaba el lomo y levantaba la cola mientras caminaba por el sendero del jardín con sus losas de azul esmaltado. Atravesamos el porche techado de paja negra y la puerta abierta de roble para pasar a una pequeña habitación donde el té estaba servido.

En el jardín, las flores empezaron a cantar y la fuente a tintinear sobre el disco de bronce. Pude averiguar que la fuente llegaba de un mar desconocido, y que a veces arrojaba fragmentos dorados de naufragios de galeones de los que jamás nadie oyó hablar, malogrados en tormentas de algún mar que se halla en ninguna parte o hechos pedazos en batallas que se libraron con enemigos desconocidos para nosotros. Unos decían que se trataba de sal marina; otros, que era la sal de las lágrimas secas de los marineros. Algunos poetas cogían grandes flores de los jarrones y esparcían sus pétalos por toda la habitación, mientras que otros hablaban de dos en dos al mismo tiempo y otros cantaban.

«Al fin y al cabo, se comportan como simples niños», dije.

«¡Simples niños!», repitió la bruja, que estaba sirviendo vino de prímula.

«¡Simples niños!», repitió el viejo gato negro. Y todos se rieron de mí.

«Pido sinceras disculpas», me apresuré a decir entonces. «No era mi intención insultar a nadie».

«No tiene ni la menor idea», sentenció el viejo gato negro. Y todos siguieron riendo hasta que los poetas se fueron a dormir.

Entonces eché un vistazo a los campos de nuestro mundo conocido,

y a continuación me dirigí a la ventana que daba a las montañas mágicas. La tarde tenía el color del zafiro. Distinguí el camino que había de seguir a pesar de que los campos se volvían cada vez más oscuros y, cuando lo hube encontrado, bajé las escaleras. Después de atravesar el salón de la bruja, partí para llegar aquella misma noche al palacio de Singanee.

Las luces resplandecían detrás de cada uno de los cristales —en ninguna ventana había cortinas— del palacio de marfil. Llegaban los sonidos de una danza triunfal. Era verdaderamente inolvidable el eco de un fagot, y como el peligroso avanzar de una bestia al galope los golpes de un hombre fuerte y poderoso en un tambor gigantesco y sonoro. Al escuchar, me parecía que el combate entre Singanee y aquel elefante sobrenatural que había destruido Perdóndaris ya hubiera sido plasmado en forma de música. Y de repente, mientras caminaba en la oscuridad al borde del precipicio de amatista, descubrí un puente blanco y curvado que lo cruzaba. Era un colmillo de marfil. Entonces supe del seguro triunfo de Singanee. Reconocí de inmediato en aquella mole blanca y curvada de marfil, que había sido tendida mediante cuerdas a modo de puente sobre el abismo, el colmillo gemelo de la puerta de marfil que una vez había ostentado Perdóndaris y había sido la perdición de aquella ciudad en otro tiempo famosa, de sus torres, sus murallas y sus gentes. Ya los hombres habían comenzado a esculpirlo y a tallar figuras humanas de tamaño natural a cada lado. Yo empecé a cruzar, y cuando había llegado a la mitad, justo en lo más profundo de la curva, encontré allí a algunos de los escultores profundamente dormidos. Frente a mí, junto al palacio, se hallaba el extremo más grueso del colmillo. Tuve que descender por una escalera apoyada sobre el mismo, pues aún no habían sido tallados los escalones.

El exterior del palacio de marfil era tal como yo lo había imaginado, y el centinela, a las puertas, dormía profundamente también. Aunque le pedí permiso para entrar en el palacio, no hizo más que musitar una bendición dirigida a Singanee antes de volver a quedarse dormido. Resultaba evidente que había estado bebiendo *bak*.

En el interior del ebúrneo vestíbulo me crucé con unos sirvientes que me aseguraron que cualquier extranjero era bienvenido aquella noche, pues celebraban el triunfo de Singanee. Me invitaron a beber *bak* para ensalzar su gloria, pero, pues desconocía sus efectos y en qué cantidad podía apoderarse de la voluntad de un hombre, dije que me hallaba bajo el juramento a un dios de no beber ningún licor hermoso. Me preguntaron si no podría apaciguar a mi dios mediante la oración. Yo respondí que de ninguna manera, y me dirigí hacia donde se celebraba la danza. Los sirvientes entonces se compadecieron de mí. Empezaron a injuriar a mi dios cruelmente, pensando que de ese modo me complacerían, y siguieron bebiendo *bak* por la victoria de Singanee.

Por fuera de las cortinas que colgaban ante la sala en que tenía lugar la celebración se hallaba un chambelán, y cuando le dije que, aunque extranjero allí, conocía bien a Mung, Sish y Kib, los dioses de Pegana, cuyas señales hice, me dispensó la más generosa bienvenida. Le pregunté si acaso mis ropas no serían adecuadas para aquel agosto y tal ocasión. Y él juró por la lanza que había dado muerte al destructor de Perdóndaris que Singanee consideraría un deshonor que cualquier extranjero que conociera a los dioses participara en el baile inadecuadamente vestido. Acto seguido me condujo hasta otra habitación. Allí sacó unas togas de seda de un viejo baúl de marino hecho de roble, negro y gastado, con cerrojos de cobre verde adornados con un puñado de pálidos zafiros, y me invitó a elegir una toga apropiada. Escogí una de un verde brillante, con un forro azul claro que se dejaba ver aquí y allá y una vaina de espada del mismo color. También me atavié con una capa de un morado oscuro con dos líneas delgadas de azul profundo en el borde y una hilera de grandes zafiros oscuros entre ambas. Tampoco el chambelán de Singanee me habría permitido escoger nada inferior a eso, pues insistía en que ni siquiera un extranjero, aquella noche, podría quedarse en el camino de la generosidad de su señor, que él mismo se complacía en ejercer en honor a su victoria.

Tan pronto como me hube vestido me dirigí a la sala en que se celebraba el baile, y lo primero que vi en aquella cámara resplandeciente y de techos altos fue la gigantesca figura de Singanee entre los bailarines, a quien las cabezas del resto de los hombres no le llegaban por encima de la cintura. Mostraba desnudos los enormes brazos que habían blandido la lanza que vengó Perdóndaris. El chambelán me llevó hasta él y lo saludé con una reverencia, diciéndole que loaba a aquellos dioses a cuya protección se hubiera encomendado. Singanee respondió que había oído hablar bien de mis dioses a aquéllos que solían rezar, aunque sin duda se trataba de mera cortesía, pues en realidad no sabía a qué dioses rezaban.

Singanee iba vestido con sencillez, y tan sólo lucía en la cabeza una banda de oro sin adorno cuyos extremos quedaban atados por detrás con un lazo de seda morada para impedir que el cabello le cayera sobre la frente. En cambio, todas sus reinas portaban coronas magníficas, ya hubieran sido coronadas como las reinas de Singanee o ya fueran reinas llegadas de sus tronos de tierras remotas atraídas por sus maravillas y hazañas.

Todos vestían togas de sedas de colores brillantes y lucían unos hermosos pies desnudos, pues allí el uso de botas es desconocido. Al ver que mis dedos estaban deformados como es común en los europeos, torcidos hacia dentro en lugar de rectos, hubo alguno que me preguntó de un modo amable si había sufrido algún accidente. Sin embargo, en lugar de responder con sinceridad que deformarnos los dedos de los pies era una de nuestras costumbres predilectas, les dije que me hallaba bajo los efectos de la maldición de un dios malvado a cuyos pies me había negado a ofrendar bayas en mi infancia. En cierta medida, mi mentira estaba justificada; al fin y al cabo, nuestra convención también es un dios a pesar de sus malvados efectos y, de haberles dicho la verdad, tampoco habrían podido entenderme.

Me ofrecieron bailar con una dama de extraordinaria belleza. Su nombre era Saranoora, y dijo ser una princesa del Norte que había sido

enviada como tributo al palacio de Singanee. Bailaba como las europeas y también como esas hadas de las tierras desiertas que, según cuenta la leyenda, empujan a los viajeros perdidos a la fatalidad. Si pudiera contar con treinta paganos provenientes de tierras fantásticas, con sus largos cabellos negros, sus ojillos de elfos y sus instrumentos musicales desconocidos incluso para el rey Nabucodonosor; si pudiera conseguir, gentil lector, que interpretaran a la caída de la tarde en algún jardín cercano a tu hogar aquellas melodías que escuché en el palacio de marfil, podrías comprender la belleza de Saranoora, el resplandor de luz y color en aquel salón magnífico y la gracilidad de los movimientos de aquellas reinas misteriosas que danzaban alrededor de Singanee. Y entonces, gentil lector, dejarías de ser gentil, pues los pensamientos, que corren como leopardos por las remotas tierras de la libertad, se arremolinarían en tu cabeza incluso si te hallaras en Londres, sí, incluso en Londres. Te levantarías y golpearías con tus manos la pared de estampados florales con la esperanza de romper el ladrillo y descubrir el camino que lleva al precipicio de amatista que habitan los dragones de oro. Ha habido hombres capaces de incendiar prisiones para que los presos escaparan, y como esos incendiarios eran aquellos misteriosos músicos que poseían la peligrosa facultad de prender fuego a la costumbre para liberar los anhelos. Sin embargo, tus mayores nada han de temer, gentil lector, nada han de temer. Jamás permitiré que suene esa música en ninguna calle de nuestro mundo conocido. Jamás traeré a esos músicos hasta aquí. Me limitaré a indicarte en un susurro el camino que lleva al País de los Sueños, y serán muy pocos los escogidos pies que logren encontrarlo. Por eso seguiré soñando en soledad con la belleza de Saranoora, y en soledad seguiré suspirando de vez en cuando por ella.

Sin cesar estuvimos danzando al capricho de los treinta músicos, pero cuando las estrellas comenzaron a palidecer y el viento, que reconocía la llegada del alba, desordenaba ya los bordes de las faldas de la noche, Saranoora, la princesa llegada del Norte, me condujo hasta su jardín. Una oscura arboleda embriagaba la noche de perfume y guardaba

misterios nocturnos del amanecer naciente. Sobre nosotros flotaba, vagando por el jardín, la triunfal melodía de aquellos músicos oscuros cuyo origen era imposible averiguar incluso para aquéllos que habitaban y conocían el País de los Sueños.

Durante un solo instante cantó el pájaro *tolulu*, pues los fastos de aquella noche lo habían asustado e hicieron que permaneciera en silencio. Y por segunda vez lo oímos cantar desde una arboleda distante mientras los músicos descansaban y nuestros pies descalzos no hacían el menor ruido. Por un instante escuchamos a aquel pájaro con el que una vez soñó nuestro rui señor para legar su leyenda a sus hijos.

Saranoora me contó que habían llamado a aquel ave Hermana de la Canción, pero en cuanto a los músicos, que para entonces habían empezado de nuevo a tocar, me dijo que no tenían nombre, pues nadie sabía quiénes eran ni de dónde habían llegado. Entonces alguien comenzó a cantar en la oscuridad, muy cerca de nosotros y al son de un instrumento de cuerda, una canción que hablaba de Singanee y narraba su batalla contra el monstruo. Pronto lo descubrimos sentado en el suelo mientras le hablaba a la noche con su canción de aquella lanzada que había hallado el corazón del destructor de Perdóndaris.

Nos detuvimos un momento y le preguntamos quién había podido presenciar tan memorable combate. Él respondió que nadie sino el propio Singanee y aquel cuyo colmillo había sido la perdición de Perdóndaris, que ahora estaba muerto. Cuando le preguntamos si Singanee le había relatado la lucha, contestó que aquel orgulloso cazador jamás diría una sola palabra sobre ella, y que, por tanto, su gloriosa hazaña había sido confiada para siempre a los poetas. Dicho esto, empezó a tocar de nuevo su instrumento de cuerda y reanudó su canto.

Cuando los collares de perlas que colgaban de su cuello comenzaron a brillar sobre Saranoora, supe que el amanecer estaba cerca y que aquella noche inolvidable estaba a punto de acabar. Finalmente, dejamos el jardín y nos acercamos al abismo para contemplar el resplandor del precipicio de amatista a la salida del sol. Primero iluminó la belleza de

Saranoora, y a continuación coronó el mundo e incendió la amatista hasta deslumbrar nuestros ojos. Volvimos el rostro entonces y vimos a los obreros que se dirigían hasta el colmillo para reanudar su labor de esculpir una balaustrada de hermosas figuras procesionales. Aquéllos que habían bebido *bak* comenzaron a despertarse y a abrir sus ojos deslumbrados por el resplandor de la amatista, restregándose los y apartándolos de la luz. Aquellos extraordinarios reinos de canciones que los misteriosos músicos habían levantado durante toda la noche con sus mágicos acordes volvían de nuevo al dominio del antiguo silencio que reinaba incluso antes de los dioses. Los músicos se envolvieron en sus capas, guardaron sus maravillosos instrumentos y emprendieron el camino a las llanuras sin que nadie se atreviera a preguntarles adonde se dirigían, por qué vivían allí o a qué dioses adoraban.

La danza terminó y todas las reinas se fueron. Entonces la esclava volvió a salir por una de las puertas del palacio y vació su cesto de zafiros arrojándolos al abismo, tal como ya la había visto arrojarlos en otra ocasión. La hermosa Saranoora me explicó que aquellas grandes reinas no lucían sus zafiros más que una sola vez, y que a diario, al mediodía, un mercader llegado de las montañas les vendía zafiros nuevos para cada noche. Sin embargo, yo sospechaba que algo más que una simple extravagancia había detrás de aquel aparente gesto derrochador de arrojar zafiros a un abismo, pues en lo más hondo de la sima vivían aquellos dos dragones de oro de cuya existencia nadie parecía saber.

Entonces pensé, y aún lo sigo creyendo, que Singanee, terrible como era al enfrentarse a los elefantes, de cuyos colmillos había llegado a construirse todo un palacio, conocía bien y temía, sin embargo, a aquellos dragones del abismo. Tal vez valoraba a sus reinas aún más que aquellas joyas inapreciables, y así, aquél al que tantas tierras rendían tan bellos tributos por temor a su lanza, pagaba también los suyos a aquellos dragones dorados.

Nunca pude descubrir si aquellos dragones tenían alas. Y si las

tenían, tampoco podría decir si eran capaces de soportar el peso de aquel oro puro y permitirles remontar el abismo ni supe jamás a través de qué caminos podrían escalarlo. Del mismo modo, ignoro también de qué utilidad podían serle a un dragón de oro los zafiros ni las reinas. Lo único que me resultaba extraño era que por orden de un hombre que a nada tenía que temer se abandonaran para siempre aquellas joyas que al caer resplandecían y mudaban de color hasta hundirse en el abismo.

No recuerdo cuánto tiempo pasamos allí contemplando la salida del sol sobre aquellas millas de amatista. Resulta extraño que aquella gigantesca y famosa maravilla no me conmoviera aún más, pero mi mente se hallaba tan deslumbrada por su fama como mis ojos por la llamarada del sol, y como sucede a menudo, se detenía más en los pequeños detalles, pues en ese momento recordaba haber contemplado la luz del día en el solitario zafiro que Saranoora lucía sobre un anillo en su dedo. Luego ella, cuando comenzó a notar el viento de la mañana, dijo que tenía frío y regresó al palacio de marfil.

Temí que nunca volviéramos a encontrarnos, pues el tiempo avanza sobre el País de los Sueños a distinta velocidad que sobre nuestro mundo conocido, como corrientes marinas que siguen distintos caminos y arrastran barcos distintos a la deriva. A las puertas del palacio de marfil me volví para decir adiós, pero no hallé palabras apropiadas para despedirme. Ahora, a menudo, cuando me encuentro en otros sitios, me paro a pensar en muchas de las cosas que podría haber dicho. Sin embargo, mis palabras fueron: «tal vez volvamos a vernos». A lo que ella respondió que seguramente nos encontraríamos a menudo, pues no era cosa que fácilmente los dioses no pudieran permitir, sin saber que muy poco es el poder que los dioses del País de los Sueños tienen sobre nuestro mundo conocido. Luego desapareció tras la puerta.

Después de cambiar de nuevo por mis ropas el magnífico atuendo que me había ofrecido el chambelán, abandoné la hospitalidad del poderoso Singanee y emprendí el camino de vuelta a nuestro mundo conocido. Crucé el gigantesco colmillo que había sido el final de

Perdóndaris y pasé junto a los artistas escultores que trabajaban en él. Algunos, a modo de saludo, loaban a mi paso a Singanee, y yo, como respuesta, rendía honores a su nombre.

La luz diurna aún no había penetrado completamente hasta el fondo del abismo, pero la oscuridad iba dejando su lugar a una neblina morada, y vagamente podía distinguir uno de los dragones de oro. Volviendo la vista una vez más al palacio de marfil, y al no poder ya divisar ninguna de sus ventanas, seguí apesadumbrado mi camino. Por el sendero que ya conocía, atravesé el desfiladero entre las montañas y descendí por su ladera hasta tener de nuevo ante mí la cabaña de la bruja. Mientras me dirigía a la ventana más alta para ver los campos de nuestro mundo conocido, la bruja me habló. Sin embargo, yo me hallaba malhumorado, como si acabara de despertar, y no respondí. Entonces el gato me preguntó con quién me había encontrado, y yo le contesté que en nuestro mundo conocido los gatos se mantienen siempre en su lugar y no se dirigen a los hombres. Luego bajé las escaleras y fui directamente hasta la puerta en busca de Go-by Street.

«Vas por el camino equivocado», me advirtió la bruja desde la ventana.

Por supuesto que habría preferido volver al palacio de marfil, pero no tenía derecho alguno a volver a servirme de la hospitalidad de Singanee sin permiso, y no es posible quedarse para siempre en el País de los Sueños. ¿Qué podía saber aquella vieja bruja, al fin y al cabo, de las exigencias de nuestro mundo conocido y de las pequeñas pero numerosas ligaduras que nos atan a él? Así, pues, no le presté atención y seguí mi camino hasta llegar a Go-by Street. Vi la casa con la puerta de color verde a escasa distancia calle arriba, pero pensando que el extremo más próximo de la calle quedaba más cerca del Embankment, donde yo había dejado mi bote, probé suerte con la primera puerta a la que llegué. Era la de una cabaña con techo de paja como las demás y pequeñas agujas doradas a lo largo de la cornisa del tejado. Había unos pájaros extraños posados sobre ella que se arreglaban sus plumas maravillosas.

La puerta se abrió, y para mi sorpresa me hallé en lo que parecía ser una cabaña de pastores.

Un hombre sentado sobre un tronco de madera en una pequeña, humilde y oscura habitación me habló en una lengua extraña. Yo musité algo y me apresuré a salir a la calle. La casa tenía un techo de paja por delante igual que el que había detrás. Allí no había agujas doradas ni pájaros maravillosos, pero tampoco acera. Se veía una hilera de casas, establos y graneros, pero ningún otro indicio de una ciudad. A lo lejos pude ver un par de pequeños pueblecitos. El río, sin embargo, estaba allí. Y sin ninguna duda era el Támesis, pues poseía la anchura del Támesis y también sus meandros, si el lector es capaz de imaginar el Támesis en ese punto en particular sin que una ciudad lo rodee, sin sus puentes y sin el Embankment sobre él. Entonces comprendí que me había sucedido, de modo permanente y a la luz del día, una de esas cosas que suceden a los hombres, aunque aún mucho más a menudo a los niños, al despertarse antes del amanecer en alguna habitación extraña y ver una ventana alta y gris en el mismo lugar que debiera ocupar la puerta, al hallar raros objetos en sitios equivocados y, aun sin saber dónde nos encontramos, sentir que no podemos explicarnos que aquel lugar presente esa apariencia.

Vi aparecer un rebaño de ovejas como cualquier otro, pero el hombre que las conducía mostraba un aspecto salvaje y extraño. Le hablé y no me entendió. Entonces bajé hasta el río para ver si allí estaba mi bote en el mismo lugar en que lo había dejado, y en el cieno (pues la marea estaba baja) vi medio enterrado un trozo de madera ennegrecido que alguna vez pudo ser parte de un bote, aunque tampoco habría sido posible afirmarlo con seguridad. Empecé a tener la sensación de que me había equivocado de mundo. Era extraño haber viajado hasta tan lejos para llegar a Londres y no ser capaz de encontrarla entre todos los caminos que conducen a ella, pero al parecer había viajado en el tiempo, y entre los siglos había errado el rumbo. Cuando vagando por aquellas verdes colinas llegué hasta un santuario vallado y cubierto de paja, vi en

él un león aún más erosionado por el tiempo que la Esfinge de Gizeh en el que reconocí a uno de los cuatro leones de Trafalgar Square. Comprendí al fin que me había extraviado muy lejos en el futuro, y que innumerables siglos con sus años engañosos se interponían entre todo cuanto había conocido y yo.

Me senté sobre la hierba junto a las gastadas garras del león a reflexionar sobre lo que haría. Y decidí volver a cruzar Go-by Street. Pues si no había nada ya que me retuviera en nuestro mundo conocido, iría a ofrecerme como sirviente al palacio de Singanee, y así podría volver a ver el rostro de Saranoora y aquellos célebres y maravillosos amaneceres de amatista sobre el abismo en el que juegan los dragones de oro.

No me detuve a buscar restos entre las ruinas de Londres, pues hay poco placer en encontrar alguna maravilla cuando no hay nadie para oírla ni maravillarse ante ella. De modo que inmediatamente regresé a Go-by Street, a la pequeña hilera de cabañas, sin encontrar más vestigio de Londres que el de aquel solitario león de piedra. Esta vez sí fui hasta la casa correcta. Su aspecto era muy distinto, más semejante a esas cabañas que vemos en la llanura de Salisbury que a una tienda en la ciudad de Londres, pero pude hallarla contando las casas de la calle, pues seguía habiendo una hilera de casas a pesar de que tanto la acera como la ciudad habían desaparecido. Y también seguía habiendo una tienda. Era una tienda muy distinta de la que yo conocía, pero tenía artículos en venta, como cayados de pastor, algunos alimentos y rudas hachas. Había un hombre de cabellos largos y vestido con pieles. No me dirigí a él, pues no sabía su lengua, pero él me dijo algo que sonó parecido a «*Everkike*». Para mí carecía de significado alguno. Pero cuando miró hacia uno de los panecillos que vendía, la luz se hizo de pronto en mi cabeza, y comprendí que Inglaterra seguía siendo Inglaterra y aún nadie había podido conquistarla; que aunque aquellas gentes se hubieran cansado de Londres, seguían apegados a su tierra. Las palabras que había pronunciado aquel hombre eran: «*Av er kike*». Y entonces

supe que aquella misma lengua que fue llevada a tierras remotas por el viejo y glorioso *cockney* seguía siendo hablada en su lugar de nacimiento y que ni sus políticos ni sus enemigos habían logrado destruirla tras miles de años.

El dialecto *cockney* nunca me había resultado agradable, pero incluso con la arrogancia del irlandés que oye a ricos y pobres hablar el inglés del esplendor isabelino, al oír aquellas palabras sentí que unas lágrimas contenidas irritaban mis ojos y me hacían recordar lo lejos que me hallaba. Creo que estuve en silencio durante un momento. Y de repente me di cuenta de que el hombre que regentaba la tienda se quedaba dormido. Aquel hábito era extrañamente similar al de cierto hombre que, de vivir en aquel tiempo (a juzgar por los estragos aparentes que el tiempo había causado en el león), contaría mil años. Pero, entonces, ¿cuál era mi edad?

Era del todo evidente que el Tiempo avanzaba en el País de los Sueños o más rápida o más lentamente que sobre nuestro mundo conocido. Pues los muertos, incluso los muertos hace mucho tiempo, vuelven a la vida en nuestros sueños, y quien sueña es capaz de vivir todos y cada uno de los acontecimientos de un día en un solo instante del reloj de Town Hall. Dado que la lógica no podía ayudarme, mi mente se hallaba confusa. Y mientras el anciano dormía —extrañamente su rostro se parecía al del anciano que me había mostrado por primera vez la vieja portezuela trasera—, me dirigí al fondo de la cabaña. Había una especie de puerta con bisagras de cuero. La empujé, y me hallé de nuevo bajo el rótulo de la parte trasera de la tienda. Al menos la otra cara de Go-by Street no había cambiado. Fantástica y remota, la calle cubierta de césped seguía conservando sus flores moradas y sus agujas de oro, y el mundo acababa en la acera de enfrente como antes.

Respiré con alivio al volver a ver algo que me era familiar. Pensaba que había perdido para siempre nuestro mundo conocido y, al hallarme de nuevo a espaldas de Go-by Street, sentía menos la pérdida que en el lugar donde habrían de haberme rodeado las cosas que me fueron

familiares. Pensé en lo que me quedaba en el vasto País de los Sueños y recordé a Saranoora. Cuando al fin contemplé de nuevo las cabañas me sentí menos solo, incluso al acordarme de aquel gato que acostumbraba a burlarse de todo lo que yo decía. Y lo primero que dije al ver a la bruja fue que había perdido el mundo y regresaba para pasar el resto de mis días en el palacio de Singanee. Lo primero que respondió la bruja con dulzura, pues veía el triste estado en que me hallaba, fue:

«¡Vaya! ¡Parece que te has equivocado de puerta!».

«Sí, pero sigue siendo la misma calle», contesté. «Toda la calle ha cambiado y Londres ha desaparecido para siempre con las personas que conocía, las casas en las que he vivido y todo, todo lo demás. Estoy cansado».

«¿Qué esperabas encontrar tras la puerta equivocada?», preguntó ella.

«Eso ya da igual», respondí.

«Ah, ¿sí?», dijo ella en un tono de contrariedad.

«Está bien. Quería salir al extremo más cercano de la calle para encontrar rápidamente mi bote en el Embankment. Pero ahora mi bote, y el Embankment, y todo...».

«Hay personas que llevan siempre tanta prisa...», dijo el viejo gato negro.

Sin embargo, yo estaba demasiado triste como para enfurecerme, y no dije nada más. La vieja bruja preguntó:

«¿Y ahora adónde irás?». Su tono recordaba al de una niñera que se dirige a un chiquillo.

«No tengo ningún sitio a donde ir», le dije.

«¿Preferirías volver a casa o al palacio de marfil de Singanee?».

«Me duele la cabeza y no quiero ir a ninguna parte. Estoy cansado del País de los Sueños», respondí.

«Prueba entonces a cruzar la puerta correcta», dijo la bruja.

«No sería buena idea», contesté. «Ahí fuera todos han muerto o se han ido para siempre. Sólo venden panecillos».

«¿Qué sabes tú del Tiempo?», me dijo.

«Nada», respondió el viejo gato negro sin que nadie se hubiera dirigido a él.

«Corre», dijo la vieja bruja.

Así, pues, volví sobre mis pasos y, caminando a duras penas, me dirigí otra vez a Go-by Street. Estaba muy cansado.

«¿Qué sabe él de nada?», dijo el viejo gato negro tras de mí.

Adiviné lo que iba a decir a continuación. El gato aguardó un instante y luego añadió: «nada». Cuando miré por encima del hombro, volvía a la cabaña caminando con parsimonia.

Al llegar a Go-by Street, abrí con desgana la puerta por la que poco antes acababa de entrar. Me parecía en vano intentarlo, y cansado, tan sólo hacía lo que me habían dicho que hiciera. Sin embargo, nada más franquearla, comprobé que todo había vuelto a ser como antes. Allí seguía el viejo soñoliento que vendía ídolos. Compré alguna cosa vulgar que no me interesaba sencillamente por el placer de ver objetos familiares. Y cuando dejé Go-by Street, que volvía a ser la de siempre, lo primero que vi fue un taxímetro en marcha en un coche de alquiler. Me quité el sombrero y saludé. Luego me dirigí al Embankment, y allí estaba mi bote, en el majestuoso río rodeado de cosas sucias y ordinarias. Remé de vuelta, compré un periódico de un penique (al parecer había estado durante un día), y lo leí desde la primera hasta la última página, incluidas las patentes de remedios para enfermedades incurables. Tan pronto como me sentí descansado, decidí pasear por todas las calles que conocía, visitar a todas las personas que hubiera tratado alguna vez, y disfrutar durante mucho tiempo de nuestro mundo conocido.